LOS CUATRO

PRINCIPALES APÓSTOLES

POR

F. GODET.

TRADUCCION DEL FRANCES.

DEPÓSITO CENTRAL
DE LA SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS.
Leganitos, 4, Madrid.

Sucursales: { BARCELONA: Baños Nuevos, 16.
SEVILLA: Plaza de la Constitucion, 32.
ZARAGOZA: Escuelas Pias, 9.

LOS CUATRO

PRINCIPALES APÓSTOLES

POR

F. GODET.

TRADUCCION DEL FRANCES.

DEPÓSITO CENTRAL
DE LA SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS.
Leganitos, 4, Madrid.

Sucursales: { BARCELONA: Baños Nuevos, 16.
SEVILLA: Plaza de la Constitucion, 32.
ZARAGOZA: Escuelas Pías, 9.

MADRID: 1893.
IMPRENTA DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE FELIPE MARQUÉS.
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.145.

LOS CUATRO PRINCIPALES APÓSTOLES.

La persona del Salvador, fue como vaciada ó descrita en cuatro distintos cuadros, con la particularidad de que cada uno de los autores tomó un lado ó aspecto particular de sus relaciones con Dios y con los hombres.

La antigua ortodoxia ignoraba, ó al ménos no se habia fijado bien en el contraste que resulta de estos distintos respectos, bajo los cuales está expuesta la obra de Cristo para la salvacion de la humanidad en el Nuevo Testamento. Creemos que ha llegado el momento de que se haga por los cristianos una apreciacion más justa de esta evidente diversidad, y de que los verdaderos pensadores, léjos de desconocer la perfecta unidad que late en el fondo de dicha variedad, admiren precisamente en ello la riqueza de formas que puede revestir, bajo la influencia de factores diversos, una sola y misma vida.

No ha de faltar quien pregunte: ¿cómo pueden darse tales contrastes entre escritores divinamente inspirados, ocupándose todos de un mismo asunto?

El mero hecho de plantearse esta cuestion, demuestra cuán inexacto ha sido el concepto de *inspiracion* en la Iglesia cristiana, y qué transformacion está llamado á sufrir. Así como el agua, que riega una semilla sembrada en la tierra, no crea la planta que de aquella procede, sino que estimula el desenvolvimiento de los órganos ya existentes en el gérmen; de la misma manera el Espíritu Santo no se pone en lugar del escritor sagrado, sino que estimula sus facultades, despierta sus recuerdos, agrupa sus experiencias, y le pone en directo contacto con la doctrina de la salvacion; comunicándole cierta intuicion personal, y con ella una inteligencia clara y distinta del aspecto de la verdad evangélica que es más conforme á su carácter, á sus necesidades y á su destino providencial.

Porque, como ha dicho admirablemente Reuss, hablando de la diferencia entre los escritores sagrados, «el polo que atraia la aguja imantada de su sentimiento ó inteligencia respectivos, no estaba situado para cada uno de ellos en el mismo punto del horizonte de la revelacion.»

Esto es lo que San Pablo quiso expresar cuando empleaba la frase «*mi* Evangelio.»

Los cuatro conceptos de la salvacion cristiana que vamos á estudiar, son el de Pedro, el de Jacobo, el de Pablo y el de Juan.

Colocamos á Pedro en primer término, no solamente para conformarnos con la historia, que le señala cronológicamente el primer rango en la predicacion del Evangelio, sino mayormente por-

que su concepto de la salvacion cristiana nos parece el más instintivo y el que reproduce la impresion primitiva de una manera más sencilla é inmediata. No ignoramos que la carta en que dicho concepto está expresado, es de fecha posterior á la de Jacobo, y aun á la mayor parte de las de San Pablo; pero no es ménos cierto que la predicacion de Pedro, como *misionero*, es la que ha servido, históricamente hablando, de punto de partida á la enseñanza de los que han predicado despues de él.

Los elementos primitivamente reunidos en la predicacion de este apóstol, se bifurcan en dos enseñanzas distintas, en apariencia opuestas: la de Jacobo y la de Pablo. Entre estas dos, resulta desde luego un contraste, contraste que parece ser producto de una intencion preconcebida. ¿Hasta dónde alcanza esta diferencia? Es lo que vamos á examinar.

Si hablamos aquí de Jacobo, no es porque le consideremos como uno de los apóstoles propiamente dichos. Pero su cualidad de *hermano del Señor*, su carácter, que le concilió bien pronto la veneracion de los primeros cristianos, y la alta posicion que ocupaba en la iglesia de Jerusalem, comunican á la carta que nos ha dejado, y al concepto evangélico de que este escrito es depositario, una dignidad en cierta manera apostólica.

La unidad superior, en la cual se resuelve el contraste entre Jacobo y Pablo, se manifiesta claramente en Juan. El tipo evangélico estampado en

los escritos de este apóstol, es bajo muchos conceptos la fiel reproduccion del que encontramos en Pedro; sólo difieren uno de otro como la madurez del anciano y el ímpetu candoroso del adolescente; las melancólicas tintas del sol poniente, y los gloriosos resplandores del amanecer.

I.

SAN PEDRO.

Ante todo procuraremos condensar lo que de la personalidad de este apóstol, y de su desenvolvimiento religioso ha llegado hasta nosotros. A los datos recogidos, juntaremos las intuiciones que caracterizan sus enseñanzas, así en los Hechos como en sus Cartas, procurando luego determinar con precision el lado decisivo, el aspecto particular, por el cual la doctrina evangélica conquistó su corazon y satisfizo sus más nobles aspiraciones.

El sobrenombre de *Pedro* que Jesus dió á Simon, hijo de Jonas, en su primer encuentro con él, manifiesta la impresion que este jóven hizo en el Salvador. Sin duda distinguió en él atrevido empuje, energia llena de iniciativa, el hombre, en fin, que Dios le daba para servirle de instrumento, si es lícito hablar así, en la inconmensurable obra que iba á emprender. De aquella denominacion no se desprende que Pedro poseyese ni un genio profundamente contemplativo como Juan, ni un espíritu dotado de gran sagacidad dialéctica, como Pa-

blo. Indicábase más bien un espíritu *práctico*, y por consiguiente, dotado de todo lo que implica una superioridad de este género; juicio tranquilo y sereno, cuando se trata de edificar y sostener; calor del alma, frescura de imaginacion y capacidad de entregarse con entusiasmo, cuando la obra consiste en fundar, en crear.

A este género de caractéres pertenece indudablemente Pedro. Este apóstol tuvo siempre más intrepidez que reflexion; lo cual explica á la vez, la energia comunicativa de su fe, y sus asombrosos desfallecimientos.

No hay duda, que en consideracion á esta cualidad dominante de Pedro (el entusiasmo, la impetuosidad) se debió que Jesus le colocara á la cabeza del colegio de los Doce, y le confiase la direccion de la obra que entre todos habian de ejecutar; lo cual, por otra parte, no implicaba de modo alguno en él una supremacía permanente, y mucho ménos en sus supuestos sucesores.

En Jerusalem mismo, la palabra de Jacobo parecia ser de más peso que la suya; y por lo que toca á las iglesias del mundo gentil, la independencia absoluta del apostolado de San Pablo, fue reconocida por los representantes de los apóstoles y por el mismo Pedro, en una conferencia importante. (Gálatas 2.)

La primacía de autoridad, atribuida á San Pedro, fue el resultado de un acuerdo establecido entre los Doce, en lo relativo á la evangelizacion de Israel; quedando por todos ellos reconocido que la

evangelizacion del resto del mundo formaba una esfera completamente distinta, confiada á Pablo por el Señor. «Cuando ellos vieron, dice San Pablo, que el encargo de predicar el Evangelio á los incircuncisos, se habia confiado á mí como se habia conferido á Pedro la mision de evangelizar á los circuncisos (porque aquel que ha obrado eficazmente en Pedro para hacerle apóstol de los judios, ha obrado eficazmente en mí, para hacerme apóstol de los Gentiles).» (1) ¿Cómo, en vista de tales declaraciones se puede pretender, á ménos de acusar á Pablo de impostor, que las iglesias de Occidente, que pertenecian todas al gentilismo ó incircuncision, hayan estado bajo la direccion y patronato del apóstol Pedro?

La mision de Pablo estuvo colocada, no *debajo*, sino *al lado* de la de Pedro y *fuera* de ella. Habia entre estos dos agentes del Señor relaciones de asociacion, en modo alguno de subordinacion (2).

Nada sabemos de la cultura moral de Pedro en la época anterior á su primer encuentro con Jesus. Pero podemos tener por cierto que aquella alma ardiente, aquel corazon generoso, aquella imaginacion viva habian encontrado su alimento religioso en los tipos y figuras del culto levítico, así como en las intuiciones proféticas de que están llenos los libros sagrados de los israelitas. Cada vez que asistia á la fiesta de la Pascua, creia ver aquel jóven adorador en el pueblo que

(1) Gálatas 2. 7, 8.
(2) Gálatas 2. 9.

circulaba por Jerusalem, al pueblo elegido; y al tomar parte en la inmolacion del cordero pascual, encontraria de seguro en los ritos, que rodeaban y seguian la augusta ceremonia, la prenda ó garantia de la emancipacion y de las futuras glorias de su patria. La tierra de Canaan se le apareceria como el foco de aquel reino de Dios que habia de extenderse hasta las extremidades de la tierra, llevando á todas partes el imperio de la ley israelita; así como aquellas caravanas que veia partir despues de las fiestas hácia las diferentes comarcas del imperio, le parecerian otras tantas cohortes que se iban preparando á la conquista del mundo.

Estas previsiones, sin ser completamente ilusorias, habian de sufrir una profunda trasformacion, que ya empezó á verificarse el dia en que Pedro vino á ser discípulo de Juan Bautista y oyó que aquel osado predicador ponia por base de la obra mesiánica, y de los futuros triunfos nacionales, la santidad. La revolucion, iniciada en su espíritu, terminó cuando el jóven patriota hubo pasado de la escuela de Juan el Bautista á la de Jesus; entónces todas las nociones teocráticas de que se habia nutrido su alma, fueron tomando en él un carácter espiritual.

Mas esta transformacion no se verificó sin lucha. Todos sabemos que á ninguno de los apóstoles costó más trabajo que á Pedro aceptar la idea de los sufrimientos de Cristo y de la repulsion de su pueblo. Recuérdese á este propósito su protesta, tan atrevida por lo ménos como la noble confesion

que la precediera: «No lo quiera Dios; en manera alguna esto te acontezca.» Las perspectivas de la gloria mesiánica que llenaban su corazon, no dejaban en él lugar para tan sombrias previsiones. La cruz fue, pues, mayormente para él, una cruel sorpresa, el golpe decisivo contra el falso ideal mesiánico que habia heredado, lo mismo que los otros apóstoles, de las preocupaciones reinantes.

Pero, así como ninguno de los apóstoles se vió más desconcertado que Pedro por la catástrofe del Calvario, ninguno tampoco sintió iguales alegrias y transportes por la resurreccion del Salvador. El ideal mesiánico, que se habia momentáneamente eclipsado en su corazon, resplandeció en él de nuevo, transformado y transfigurado como la persona misma de Jesus. El reino tan esperado comenzó á pertenecer desde entónces para él, lo mismo que el Maestro glorificado, al órden de las cosas celestes. Su brillo debia irradiar en la tierra, pero á sus ojos tenia algo de mejor y más grande que un mosaismo universalmente reconocido, que una tierra judaizada.

Entre todos los discípulos fue Pedro el que debió sentir más fuertemente la impresion de la resurreccion de su Maestro.

Este acontecimiento fue en su vida lo que la aparicion de Cristo resucitado fue en la de Pablo; en uno y en otro partió su existencia en dos mitades, tan diferentes como el dia y la noche.

Estos datos, tomados de los Evangelios, bastan para hacernos comprender el punto de vista espe-

cial, bajo el cual se presentó á Pedro la obra de la salvacion en las predicaciones que le atribuyen los Hechos de los Apóstoles y en sus Cartas. En todas ellas se notan las huellas que habia dejado en su memoria el tiempo pasado acá abajo con Jesus; en todas se descubre el sentimiento de la grandeza del privilegio que le conferia su calidad de testigo de tales acontecimientos. Bien claro se manifiesta este sentimiento con aquellas palabras de los Hechos: «Nosotros, que hemos comido y bebido con él;» y en las que dirige en su Carta á los fieles del Asia Menor, que no habian disfrutado de tal privilegio: «Vosotros que le amais, sin haberle visto.» (1)

Nótase asimismo la frescura de un recuerdo bien personal en la descripcion de la mansedumbre de Jesus: «Quien cuando le maldecian, no tornaba maldicion; cuando padecia, no amenazaba; sino remitia la causa al que juzga justamente.» (2) Despues de estas palabras no tenia siquiera necesidad de declararse, como lo hace, «testigo de los sufrimientos de Cristo.»

En cuanto al hecho, que parece ser el objeto principal de su fe, es evidentemente el de la resurreccion, y su complemento, que es la ascension. «Dios ha resucitado á Jesus,» hé aquí el tema de sus discursos en los Hechos. «Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha hecho renacer, dándonos por la resurreccion de Jesucristo de entre los

(1) Hechos 10. 41. Epístola 1. 8.
(2) 1.ª Epístola 2. 23.

muertos, la esperanza viva de poseer la herencia que no puede mancharse ni contaminarse, reservada en los cielos»; hé aquí la introduccion de su Epístola. ¿No parece que está uno leyendo al propio tiempo el relato de la resurreccion moral del apóstol en la gloriosa mañana de Pascua? Y no es sólo en éste, sino que vuelve en muchos pasajes al tema de la resurreccion. El mismo bautismo se le presenta como el acto por el cual la conciencia del fiel se une á Cristo resucitado (3. 21); de todo lo cual se deduce que este hecho decisivo vino á ser la roca de su fe.

Pedro era hombre de corazon y de imaginacion; tal es la impresion que resulta de toda su Carta. No se encuentra allí la menor huella de exposicion doctrinal y sistemática; todo es en ella de carácter práctico; y si de vez en cuando toma alientos para elevarse á la esfera de la enseñanza dogmática, no se sostiene mucho tiempo en esas regiones, que no le son familiares, sino que vuelve á descender inmediatamente á la region de las aplicaciones morales. Pero estas enseñanzas prácticas están revestidas de imágenes frescas y poéticas, tomadas en su mayoría de los símbolos teocráticos. Toda su teología se reasume en una frase: La Alianza nueva* es la realizacion espiritual de la Antigua. Hé aquí de qué manera:

Nuevo pacto

A la tierra de Canaan, esta herencia que Israel ha manchado con la sangre del Mesías, Cristo sustituye para siempre la herencia que «no puede ser manchada, ni contaminada, reservada para nosotros

en los cielos.» El cordero que cada israelita ponia aparte cinco dias ántes de Páscua, y que recordaba aquel otro al que debió el pueblo en Egipto su salvacion, era el símbolo del *Cordero sin defecto y sin mancha, al cual Dios tiene predestinado desde la fundacion del mundo*, y que ahora nos ha rescatado con su sangre de la esclavitud de la vanidad, que habíamos heredado de nuestros padres (1). La Iglesia es la realidad figurada por el antiguo pueblo de Dios. A ella se aplican todos los títulos de honor que Moises daba por anticipacion á Israel; pero que no tenian, con respecto á él, más que una verdad preparatoria y típica. «Vosotros sois la raza elegida, el sacerdocio real, la nacion santa y el pueblo adquirido.» (2) A la manera que Israel vivia en su mayor parte disperso entre las naciones paganas, así la cristiandad vive diseminada sobre la tierra en numerosas iglesias que, semejantes á las colonias judías fundadas en tierra extranjera, aspiran sin cesar á su verdadera patria. Tal es el sentido, si no me engaño, de las expresiones empleadas en la direccion de su Carta: «A los extranjeros esparcidos en Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Asia y en Bitinia.» *Dispersion* se llamaba entre los judíos toda porcion de su pueblo que vivia en las comarcas paganas, léjos de la Tierra Santa y de la metrópoli israelita. San Pedro no quiso decir, como con frecuencia se ha creido, que se dirigia á los antiguos judíos; numerosos pasajes demuestran el

(1) 1.ª Pedro 1. 18-20.
(2) 2.ª Pedro 2. 9-10; comp. Exodo 19. 5, 6.

orígen pagano de la mayoría de sus lectores; tampoco fue su pensamiento que los nuevos cristianos hubiesen entrado á formar parte del pueblo de Israel, pues nadie confundia ya á los cristianos con los judíos.

El verdadero sentido de la palabra *expatriados* resulta de aquella otra frase: «Yo os exhorto á que, como *extranjeros* y *expatriados*, os abstengais de las concupiscencias de la carne, que combaten contra el espíritu,» esto es, un sentido puramente espiritual. Los cristianos, como viajeros y expatriados aquí abajo, no deben apegarse á las cosas de la tierra, ni detener su marcha á la patria celestial que les ha conquistado Cristo, la simbólica Jerusalem, que es para ellos lo que la Jerusalem terrestre es para los judíos.

A este sentido alegórico de las palabras *expatriados* y *extranjeros*, empleadas en la direccion de la Carta, corresponde tal vez el empleo de la palabra *Babilonia*, en las últimas líneas de la misma Carta. Es posible, en efecto, que pueda ser tomada en un sentido figurado, y que pertenezca al mismo lenguaje simbólico que domina en toda la Epístola. Es la opinion general de los Padres, y M. Renan abunda tambien en ella; en cuyo caso Babilonia designaria á Roma, la capital del vasto imperio, en cuyo seno estaban dispersos los cristianos, como en la verdadera Babilonia habian vivido desterradas las tribus israelitas. En tal caso, Pedro escribiria desde Roma, viendo desde allí partir los sangrientos edictos de persecucion que iban luego á

caer sobre todas las provincias de la monarquia.

Podríamos citar otros ejemplos, que nos conducirian al mismo resultado. La salvacion se ofrecia á los ojos de Pedro como una teocracia supraterrestre, una Canaan transfigurada, belleza incorruptible, santidad al abrigo de toda corrupcion; tales son los rasgos de ese órden de cosas superior, inaugurado con la resurreccion de Jesus, y que nos espera allá arriba. Es la gloria en el sentido escritural y perfecto de la palabra.

Este era el iman divino, cuya atraccion habia subyugado el corazon ardiente del apóstol. La resurreccion fue el hecho en el cual vió aproximarse á él este ideal, siendo á la vez una garantia de su realizacion. El carácter dominante de su fe fue, por consiguiente, la aspiracion á tan glorioso estado, la *esperanza*, «el alegrarse con gozo inefable y glorioso (1, 8).» Lo cual no podia ser de otra manera en un judío piadoso, y de imaginacion ardiente, convertido en apóstol de la nueva fe. La vieja y mundana aspiracion israelita debia trasformarse en la esperanza de una gloria digna de este nombre; la que tiene la santidad por principio y por teatro el cielo.

Nos queda un punto que esclarecer. Pretenden algunos que Pedro ha sido partidario de mantener la *ley mosáica* en el seno de la Iglesia; que, no solamente él perseveró en la observancia de dicha ley, como todos los cristianos de orígen judío, sino que quiso imponerla á los gentiles convertidos, como condicion para salvarse.

Mas si Pedro hubiese dado este valor á la observancia de la ley, sea para los paganos, sea para los cristianos, sea para él mismo, ¿cómo hubiera podido dispensar de ella á los paganos, y aun hacerlo él personalmente, como lo hizo en Antioquía? (1) ¿Cómo su partido en Corinto habria sido designado expresamente por San Pablo con el calificativo «dos de Cristo,» que, segun la 2.ª á los Corintios, eran evidentemente los cristianos legales? Hay más; para atribuir á Pedro esta opinion, es preciso acusar totalmente de impostura los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro combate claramente esta tendencia farisáica, y torcer el sentido del capítulo segundo de la Carta á los Gálatas, en el cual San Pablo establece un contraste entre los apóstoles y los *falsos hermanos*, que querian constreñir á los paganos creyentes á practicar la circuncision; decidirse, en fin, á declarar, no auténtica la 1.ª Epístola de Pedro, uno de los escritos más desde antiguo citados y usados del Nuevo Testamento. Ni una sola vez se hace mencion de ley en esta Carta, cosa imposible, si el autor hubiera considerado necesaria á los cristianos la observancia de la ley mosáica.

Todos estos documentos, imparcialmente consultados, conspiran á probar que San Pedro, así como la mayor parte de los creyentes de orígen judío, continuaba ciertamente en la costumbre de observar la ley como forma divinamente instituida

(1) Gálatas 2.

y no abolida todavia formalmente por Dios, pero sin pensar en imponerla á los paganos, ni por consiguiente, hacer de su observancia una condicion para salvarse. Si hubiera sido, en sentir suyo, una condicion para la salud, equivalente á la fe, no hubieran podido dispensar de ella á los gentiles convertidos. Una práctica piadosa no es nunca una obligacion moral absoluta, sino una conveniencia de que se prescinde cuando se tiene por conveniente.

En la primera Epístola insiste Pedro más exclusivamente que Pablo en los deberes morales, pero sin hacerlos estribar en otro fundamento que el de la fe; asimismo se apoya, más fuertemente que Jacobo, en las verdades evangélicas, por ejemplo, el rescate por la sangre de Cristo, el descendimiento de Jesus al *Scheol*, su resurreccion, etc.; pero jamás con otro fin que el de su aplicacion práctica.

Tenemos, pues, el derecho de afirmar que encontramos en él la síntesis franca, no sistemáticamente formulada, de los elementos cuya antítesis relativa va á ofrecerse ante nuestra vista en las concepciones de Jacobo y de Pablo.

II.

JACOBO.

Si Pedro, como hemos visto, personifica la transicion normal de la economia judáica á la cristiana, Jacobo representa, digámoslo así, la transicion á esta transicion.

El personaje de este nombre, más conocido en la historia evangélica, es el hijo de Zebedeo, hermano del apóstol Juan, y á su vez apóstol. Sufrió el martirio unos quince años despues de Pentecostés, el año 44, por órden de Heródes Agripa (1).

El Nuevo Testamento hace mencion de otro apóstol del mismo nombre, Jacobo, el hijo de Alfeo, que tampoco ocupó un lugar preeminente en el colegio apostólico, sino que perteneció al grupo inferior del colegio de los Doce.

Se hace finalmente mencion alguna vez (2) de un Jacobo, llamado allí *hermano del Señor*. Este título no permite dudar de la identidad de este personaje con el Jacobo colocado al frente de todas

(1) Hechos 12. 2.
(2) Gálatas 1. 19, por ejemplo.

las listas de hermanos de Jesus, que se encuentran en los Evangelios y en los Hechos. (1)

Lo que falta saber ahora, es si, como muchos lo han pensado desde los tiempos antiguos, este Jacobo no sería el mismo que el precedente, el apóstol hijo de Alfeo. Segun una tradicion antigua, José, el padre adoptivo de Jesus, habria tenido un hermano llamado Cleofas, nombre que podria ser considerado como el equivalente de Alfeo, en griego; de suerte que Jacobo, hijo de Alfeo, podria haber sido sobrino de José y primo hermano de Jesus. Segun esta suposicion, seria preciso dar á la palabra *hermano*, en aquella frase «los hermanos de Jesus,» el sentido de primo; y podria tambien admitirse, ora que la mujer y los hijos de Cleofas hubieran pasado á vivir con José y María despues de la muerte de aquél, ora que despues de la muerte de José, María y Jesus, su único hijo, hubieran pasado á vivir con la familia de Cleofas. Criados juntos los hijos de ambas familias, habrian sido designados por el lenguaje comun como hermanos, y no como primos.

Mas esta combinacion se estrella contra los pasajes del Evangelio que prueban que los *hermanos de Jesus* no figuraban durante su vida en el número de los creyentes, ni por consiguiente en el de los apóstoles (2). No se hace excepcion de ninguno, incluso Jacobo. Por otra parte, en los Hechos y en la primera Epístola á los Corintios, los

(1) Mateo 13. 55, por ejemplo.
(2) Márcos 3. 21, 31; Juan 7. 5.

hermanos de Jesus son considerados como personajes distintos de los apóstoles.

No es, pues, posible identificar á Jacobo el apóstol, hijo de Alfeo, con el Jacobo hermano del Señor, y por tanto hay que considerarlo como un hijo de José, habido en el primer matrimonio, ó bien como un hijo de José y de María, hermano menor de Jesus.

A este Jacobo, llamado el *hermano del Señor*, es á quien la tradicion atribuye la primera de nuestras Epístolas católicas, que representa el punto de vista que ahora vamos á analizar.

Jacobo y Pedro salian igualmente del seno del judaismo más pronunciado; pero habia entre ellos marcadas diferencias en el carácter y en el desenvolvimiento de sus facultades. Los dos eran de carácter sencillo, recto y práctico; pero mientras Pedro era vivo é impresionable, Jacobo parecia tener mayor dominio sobre la conciencia y el juicio.

De los escritos de los Padres se desprende que Jacobo debió haber llevado una vida severamente ascética, al estilo y usanza de aquellos que hacian en Israel voto de Nazareonato perpétuo, como Sanson y Juan Bautista. He aquí cómo describe este género de vida un Padre del siglo II, Hegesipo, en un lenguaje un poco enfático: «Fue santo desde su nacimiento; no bebió jamás cerveza ni vino, se abstuvo en absoluto de carne, no se cortó nunca el cabello, y no hizo uso alguno del baño ni de afeites.»

¿Jacobo escogió este género de vida, considera-

do como muy santo entre los judios, por un sentimiento secreto de rivalidad ó de celos que pudo haberle inspirado su hermano, cuyos altos destinos no le eran enteramente desconocidos? En este supuesto, se comprenderia la especie de hostilidad que parece mediar entre ellos durante el ministerio de Jesus (1). Su resistencia fue vencida al fin por una manifestacion del resucitado, de la cual—cosa extraña para los que hacen de Pablo el adversario encarnizado de Jaime—sólo ha conservado la memoria la Carta á los Corintios 15. 7. Jacobo reconoció en el resucitado al vencedor de la muerte, el Mesías, á quien habia desconocido en la persona de su hermano durante los dias de su carne; *el Señor de la gloria*.

Desde el dia en que entró en la Iglesia, ocupó en ella una posicion eminente. La extraordinaria consideracion de que gozaba, aunque nunca tuvo el título de apóstol, provenia sin duda de dos cosas: de su parentesco con Jesus y de su rigorismo legal, al que nunca renunció, aun despues de haber venido á la fe, y que le conciliaba el favor de todo el pueblo judío. Esta circunstancia le hacia más idóneo que á ningun otro para servir de lazo de union, y como de puente entre la Sinagoga y la Iglesia.

Así se explica que ningun otro de los apóstoles haya ejercido, al parecer, una influencia tan grande sobre la masa del pueblo judío. No habiendo

(1) Márcos 3. 21, 31; Juan 7. 5; Jacobo 2. 1.

acompañado á Jesus durante las luchas de su ministerio, su popularidad resaltaba más que la de los otros apóstoles. Por otra parte, los Doce estaban ocupados en su mision, que les obligaba á menudo á salir de Jerusalem, mientras que Jacobo, fijo en la metrópoli, vino á ser poco á poco el centro de la iglesia más venerada de la cristiandad. Sea que el cargo de obispo, esto es, de presidente del colegio de ancianos, conforme al lenguaje primitivo de la Iglesia, se le hubiese conferido oficialmente, ó que esta presidencia fuera el resultado espontáneo de las circunstancias, poco importa esto; el hecho es, que dirigió la Iglesia Madre. Pablo, entre los representantes, al dar cuenta de la conferencia que celebró con los representantes de dicha Iglesia, le coloca delante de Pedro y de Juan (1). En sus manos deposita el mismo Pablo el producto de la colecta que acababa de hacer en todas las iglesias de Asia y de Grecia para los cristianos de la capital. En el siglo IV se mostraba todavia la silla episcopal de Jacobo en Jerusalem. (2.)

La fe de Cristo debió recibir en semejante hombre un sello particular, mayormente si se la compara con la fe de Pedro. A las causas de diferenciacion que hemos indicado, hemos de añadir, de acuerdo con Neander, esta otra: Pedro, como los demás apóstoles, no habia conocido á Jesus hasta que hubo comenzado su vida pública, mien-

(1) Gálatas 2. 2.
(2) Eusebio. *Historia eclesiástica* 7, 9.

tras que Jacobo habia vivido familiarmente con él desde la infancia. Esto hizo que la personalidad de Jesus tomase á sus ojos una realidad independiente de su dignidad de Mesías. Y cuando esta cualidad le fue al fin revelada en su hermano, vino á ser tan sólo un nuevo rasgo añadido al concepto que ya tenia de él, pero no la base del conocimiento que tenia de la persona de Jesus. Su nueva fe vino á ser el coronamiento de las antiguas relaciones que las circunstancias habian entre ambos establecido. (1). Esto explica tal vez la diferencia entre la intuicion cristiana de Pedro y la de Jacobo, diferencia que es fácil precisar, diciendo que fue para el primero, el cristianismo *transformado*, al paso que para el segundo, vino á ser como un judaismo *completado*.

Este resultado, á que nos conducen los datos históricos recogidos del Nuevo Testamento y de los Padres, está de acuerdo con el contenido de la Carta que la antigüedad cristiana atribuye al primer obispo de Jerusalem. Leyendo esa Carta, cree el lector percibir, como á través de un velo transparente, la conocida figura de este personaje único en su género.

El autor de la Carta en cuestion, nunca se designa á sí mismo como *apóstol*, cosa que hubiera hecho sin duda, si lo hubiese sido, sino como *servidor* del Señor Jesucristo. Tampoco se dá el título de *hermano*, que le daba la Iglesia, pues esto hu-

(1) ¿Haríase alusion á este hecho en 2.ª Corintios 5. 16?

biera parecido en él algo pretencioso é impertinente.

La Carta de Jacobo está dirigida á las Doce tríbus que están en la dispersion. Ateniéndose á dicha frase, pudiera parecer que los destinatarios fuesen tambien judíos; pero esta conclusion es inadmisible, porque se supone, en muchos pasajes de la Carta, la fe de sus lectores en Jesucristo. Por otra parte, tampoco parece lícito dar á la mencionada direccion un sentido espiritual y figurado, como hicimos á la 1.ª de Pedro. ¿Cuál es, pues, el sentido que corresponde á dicha frase? Neander ha resuelto, al parecer, la dificultad, diciendo: «El autor considera el reconocimiento de Jesus en su cualidad de Mesías, como un rasgo esencial del verdadero judaismo.» Los creyentes son á sus ojos los únicos verdaderos israelitas, porque el cristianismo no es para él más que un judaismo realizado. De esta manera debia presentarse efectivamente la relacion entre las dos economías, á un hombre para quien la fe en Cristo habia sido el desvanecimiento completo de la vida israelita.

La Carta contiene además ciertos detalles todavia más característicos. Insiste en distintos pasajes, y de una manera apremiante sobre la necesidad de la oracion. (1) Aparte esto, sabemos que el hermano del Señor era particularmente hombre de oracion. Hegesipo pretende que se habia de tal manera habituado á arrodillarse en las gradas del

(1) 1. 5; 4. 2, 3; 5. 16, 17.

templo, intercediendo en favor del pueblo, que sus rodillas se habian puesto callosas como las de un camello.

En toda su Carta respira el aliento de una poderosa energía moral, y aun de una grande austeridad. Segun él, la creencia religiosa no tiene valor sino en cuanto va acompañada de la práctica del bien. Las buenas palabras sin las buenas obras no son más que viento. Es preciso aborrecer al mundo, enemigo de Dios, si se quiere poseer realmente el amor de Dios. Al momento se reconoce en estos rasgos al hombre que, en boca de toda la nacion judía, llevaba el título concedido en otro tiempo por el pueblo de Atenas al mejor de los griegos, el de *justo*, y que en virtud de su santidad, universalmente admirada, y de su constante intercesion por Israel, era llamado tambien *obliam*, es decir, *la muralla del pueblo*. Por Josefo sabemos que muchos en Israel consideraron la muerte de este justo como el último dique, que protegia todavia á Jerusalem contra el desbordamiento de la justicia divina.

Es de notar tambien, que Santiago designa á Jesus en su Epístola, con el título de el *justo*, bajo el cual era él á su vez conocido: «Habeis condenado, dice, habeis matado al justo», como si hubiera querido arrojar de antemano su corona á los piés de su divino hermano.

No olvidemos, finalmente, que para escribir una Carta tan séria, tan grave, tan severa «á las doce tríbus dispersas,» es decir, á todas las comunidades

judáico-cristianas, y aun á todo el pueblo judío en cuanto destinado á ser algun dia cristiano, era menester un hombre que gozase de una consideracion excepcional y de una autoridad en cierta manera profética. Ahora bien, sólo Santiago, el hermano del Señor, era el hombre llamado á ocupar semejante posicion.

No le falta, pues, razon á Renan para decir de la Carta de Santiago, y de la primera de Pedro, que «los rasgos sueltos, que en estas Epístolas se encuentran, se anticipan á los hechos conocidos por los lectores y son por ellos influidos.» Esta observacion se aplica, segun vamos á ver, lo mismo á los destinatarios de la Carta que al carácter de su autor.

Cuando San Pablo hace el proceso de la moralidad judáica, al principio de su Epístola á los Romanos (cap. 2), le echa en cara el sustituir por la profesion de los labios la obediencia práctica á la ley. Nadie ignora que precisamente este es el peligro contra el cual mayormente pone en guardia á sus lectores. Bajo este concepto, pues, la Epístola está en perfecto acuerdo con las comunidades judío-cristianas. La verbosidad religiosa, el prurito de enseñar, la mania de las discusiones casuísticas han sido en todo tiempo los rasgos de la piedad farisáica. El capítulo 3.° de la Epístola está consagrado por entero á combatir estos defectos.

Tambien parece haber sido un distintivo de la iglesia de Jerusalem y de las primeras comunidades cristianas la indigencia general de sus miembros. El racionalismo pretende explicar esta pobre-

za por el supuesto comunismo establecido despues de Pentecostés; pero ¿no se vió tambien en los dias de la predicacion de Jesus trazarse una especie de línea divisoria entre la multitud miserable que acogia, y las clases ricas que, salvo cortas excepciones, se levantaron contra él? Los contados actos de liberalidad narrados por Lúcas, en la descripcion de la iglesia primitiva, no pudieron producir un efecto tan general, y sobre todo, tan duradero. Reclutadas en su mayoria de la parte más pobre de la poblacion aquellas iglesias primitivas, dependian para su subsistencia y su trabajo de las clases ricas, que las detestaban. Tales fueron las causas, por cierto bien sencillas, de esa indigencia, á la cual debieron subvenir con tanta frecuencia otras iglesias de la cristiandad. Esta pobreza general es la que se echa de ver en las comunidades á quienes se dirige Santiago. La aparicion de un rico en la asamblea es un acontecimiento; todos se sienten tentados á hacerle bajamente la corte; por esto decia él á los pobres que se glorificasen en su grandeza moral, y á los ricos que se humillasen en su bajeza! Y cuanto á los opulentos señores, fariseos y saduceos, que vivian en Jerusalem en medio del lujo más desenfrenado, Santiago les apostrofa en estos términos: «¡Ricos, llorad y aullad! ¡vuestras riquezas están podridas; vuestras ropas están comidas de polilla! vuestro oro y vuestra plata están corrompidos de orin, y su orin comerá vuestras carnes como fuego» (1).

(1) Santiago 5. 1, 5.

M. Renan encuentra en estas palabras la condenacion de la riqueza *como tal*. En ellas se siente fermentar, en opinion del mismo, el espíritu de las revoluciones sociales. Vendria á ser como el programa de los *ebionitas* (1), de los cuales Santiago se constituiria en órgano.

Se equivoca en esto M. Renan, como se equivoca en análogos pasajes de los Evangelios. No es á los ricos en abstracto, sino á los ricos, cual los veia Santiago en aquella actualidad, lo que él tacha y condena, como lo habia hecho Jesus ántes que él. «¿No son ellos, dice, los que os *oprimen*, los que os llevan ante los tribunales, los que *blasfeman* el hermoso nombre que vosotros invocais?» Ellos retienen el *salario del pobre*, cuyas quejas suben al cielo, ellos se entregan á los *placeres;* ellos *sacian su corazon*, como en un dia de sacrificio. ¿No son ellos, en fin, «los que han *condenado* y llevado *á la muerte al justo*, que no les hacia resistencia?» (2) No es por consiguiente contra la riqueza en sí misma, sino contra el mal empleo de la riqueza que se subleva Santiago, viéndolo tan extendido en Jerusalem.

No trascurrieron más que ocho años entre esta amenaza y la catástrofe que (el año 70) le dió cumplimiento; pues esta Carta parece haber sido escrita el año 62, en el que Ananias, el gran sacerdote, hizo precipitar á Santiago desde lo alto del templo, precisamente cuando se hallaba en el apogeo de su

(1) Secta que erigia la pobreza en principio.
(2) 2. 6, 7; 5. 5, 6.

prestigio. La Epístola, que Santiago llevaba escrita en aquel año, estaba destinada á circular en las iglesias judáico-cristianas de Palestina y de Siria, únicas regiones en que se encontraban comuniones de orígen enteramente judío, como las que supone una Carta semejante. Podria ser que la Carta en cuestion hubiese sido distribuida en Jerusalem en una de aquellas grandes fiestas nacionales, que seguian atrayendo á dicha ciudad á los representantes de todas las iglesias, á aquellos *millares de Judíos que habian creido*, como dice Santiago hablando á Pablo (1). Si este es el orígen de nuestra Carta, se comprende sin esfuerzo que este escrito apareciese por primera vez en el Cánon de las iglesias del Asia, en la version siriaca del Nuevo Testamento, llamada *peschito*, y que no se haya divulgado hasta muy tarde por Occidente.

Ahora nos encontramos en estado de apreciar el espíritu de este escrito y definir con más precision la manera cómo el autor concebia el dogma de la salvacion cristiana.

La salvacion dependia, en sentir suyo, de la obra moral del hombre, de su fidelidad en el cumplimiento de la voluntad divina. «Abraham, nuestro padre, ¿no fue justificado por sus obras, cuando ofreció á Isaac, su hijo, sobre el altar? Veis ahí cómo el hombre es justificado por sus obras, y no solamente por la fe.» Esta enseñanza parece á primera vista contraria á la de Pablo, y aun parece que Santiago tuvo el propósito de combatirle formalmente, oponiendo fórmula á fórmula (1); pero esta suposicion de una polémica intencionada de parte de Santiago, tropieza con graves dificultades.

(1) Hechos 21. 20.

La principal es que la fe de que dice Santiago que no justifica, es otra que la de que dice Pablo que basta á justificar. Difieren una de otra por su naturaleza y por su objeto. Cuando Pablo enseña la justificacion por la fe, habla de la fe en la salvacion realizada por Jesucristo, ó al ménos, si se trata de personajes del Antiguo Testamento, de la fe en las promesas misericordiosas de Jehová, de las cuales ha sido el cumplimiento esta salvacion; mientras que la fe que Santiago declara insuficiente para salvarse, es—y lo dice él mismo—la creencia en un solo Dios, que distinguia á los judíos de los paganos, segun se desprende de aquellas palabras: «Crees en Dios, haces bien; los demonios tambien creen y tiemblan.» Ahora, pues, ¿cuándo ha enseñado San Pablo que el hombre pueda ser justificado por la fe en un dogma que no es exclusivamente cristiano?

La doctrina de la salvacion por la fe en *la unidad de Dios*, que Santiago combate, pertenecia á un órden de ideas totalmente distinto del de Pablo; mejor dicho, al sistema de sus adversarios declarados, á la ortodoxia farisáica; de esto poseemos numerosas pruebas. Justino Mártir, en su

(1) Así lo entiende M. Renan.

discusion con el judío Trifon, le dice: «Vosotros los judios afirmais que, áun siendo pecadores, si conoceis á Dios, no se os imputarán los pecados.» Y en un escrito del siglo II, perteneciente á la tendencia judaizante más pronunciada, se leen estas palabras: «El alma monoteista posee esta prerrogativa sobre la del idólatra, que aunque haya vivido en el vicio, no puede perecer.»

Este prejuicio judío, que hace de la creencia puramente intelectual en el dogma de la unidad de Dios, la condicion única y cierta de la salvacion, Pablo la combate con no ménos energia que el mismo Santiago: «He aquí, tú te llamas judío, tú confias en la ley, tú te glorificas en Dios... y deshonras á Dios por la violacion de la ley.» (1) Si los golpes de Pablo se hubiesen dirigido contra Santiago, hubieran dado precisamente contra un aliado.

Obligado á abandonar la idea de que Santiago haya combatido de propósito contra Pablo, muchos han emitido la suposicion de que propuso advertir á sus lectores contra los abusos que podrian resultar de la doctrina de Pablo *mal comprendida*.

Mas ¿por qué dar en tal caso una exposicion de esta doctrina completamente distinta de la de Pablo, segun acabamos de manifestar? ¿Por qué no empezar en este caso por decir al lector lo que habia de falso y lo qué de fundado en las Escrituras en dicha doctrina, á fin de combatir luego las

(1) Romanos 2. 17, 23.

malas inteligencias á que podria dar márgen? Finalmente, y es la razon más concluyente, ¿existe la menor verosimilitud de que haya reinado jamás en los círculos judáico-cristianos, para quienes escribia Santiago, la propension á exagerar la doctrina de la gracia, tal como la enseñaba Pablo, y á llevarla hasta el antinomismo? (1) ¿No era Pablo, con toda su enseñanza y toda su obra, un objeto constante de desconfianza por parte de los cristianos de orígen judío?

La eleccion de un mismo ejemplo por entrambos, Abraham, no prueba tampoco que uno haya querido hacer alusion al otro. Siendo este patriarca para los judíos la personificacion de la salvacion, discutir este *caso*, era discutir el principio de la salvacion en sí mismo.

Queda todavia una tercera suposicion; la de que Santiago contradijera á Pablo sin pensarlo.

Para sostener esta tésis, es preciso empezar por borrar de la Carta del primero de estos apóstoles, algunas máximas, que conducen lógica y rectamente á la doctrina del segundo, y por consiguiente á la contraria de la que se pretende atribuir á Santiago. «Cualquiera,» dice, «que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un solo punto, es hecho culpado de todos.» Compárese á esta máxima la confesion siguiente: «Todos faltamos en muchas cosas,» y habrá que convenir en que el mismo Pablo no pudiera sentar mejores premisas

(1) La oposicion sistemática entre la gracia y la ley.

para establecer su evangelio de justificacion por la fe, y que Santiago no ha podido enseñar nada que mine más radicalmente la doctrina de la salvacion por las obras.

Examinemos de más cerca la nocion de la salvacion, que Santiago procura inculcar á sus lectores, en el conocido pasaje que ha dado orígen á esta discusion. (1)

Para precisar bien la relacion de este pasaje con la enseñanza de Pablo, hay que hacer, en mi sentir, tres distinciones, que se refieren á los tres términos comunes á las dos fórmulas que se trata de comparar, y son á primera vista contradictorios.

Dice Pablo: «La fe justifica sin las obras.» Santiago dice: «La fe no justifica sin las obras.»

Tres palabras se encuentran en estas dos fórmulas; *justificar*, *obra* y *fe*. La contradiccion entre ambos autores no existirá sino en cuanto los dos hayan dado á cada una de estas palabras el mismo sentido. Vamos á demostrar que sucede precisamente todo lo contrario.

Desde luego, y por lo que toca á la palabra *justificar*, ya hemos hecho notar que la Escritura Santa habla de dos clases de justificacion; una por la cual el hombre pasa de su estado natural de condenacion, al estado de gracia—como si dijéramos, *entrada* á la justificacion—y otra por la cual el creyente, hecho ya partícipe de la reconciliacion divina, *permanece* en ella hasta el fin, en que es

(1) Santiago 2. 17, 26.

recibido en la gloria; que es la justificacion contínua, diaria y *definitiva*.

Ahora bien; la justificacion de que habla generalmente Pablo, la primera de las dos, aquella por la cual se entra en la salud, teniendo por objeto abrir la puerta á la alianza divina, debió ser la de que se ocupara el apóstol, dirigiéndose á los paganos. Y esta fue la justificacion que hacia depender únicamente de la fe.

El pasaje de Santiago, por el contrario, se refiere á la justificacion en el segundo sentido, lo que es natural, pues se dirigia á los antiguos judíos que, nacidos en la alianza divina, no debian pensar tanto en *entrar*, como en *perseverar* en ella; para lo cual la santidad es indispensable. Toda gracia recibida, preparatoria ó posterior, es un talento que se nos confia, y del cual espera Dios un resultado moral, fecundo, pues de otra suerte es prontamente retirado. Este es el lado de la verdad sobre el cual insiste Santiago, de perfecto acuerdo con la enseñanza de Jesus, que ha dicho á cada uno de los suyos: «Por tus palabras serás justificado (en el dia del juicio) y por tus palabras serás condenado;» y que, aplicando á su propia relacion con Dios esta misma condicion de fidelidad práctica, se expresa de esta manera: «Si guardais mis mandamientos, permanecereis en mi amor (el que tengo por vosotros), como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (el que él tiene por mí).» ¿Puede pensarse en que Pablo intentara combatir esta verdad? ¿No era él, por el contrario,

quien escribió, dirigiéndose á gentes de la misma condicion que los lectores de Santiago, las siguientes palabras: «No son los *oidores* de la ley los que son justos delante de Dios, sino los *hacedores* de ella los que serán justificados el dia en que Dios juzgará lo encubierto de los hombres?» (1) ¿No dice el mismo Pablo, hablando de sí mismo: «De nada tengo *mala* conciencia, mas no por esto soy justificado; el Señor es quien me juzga?» (2)

Santiago no enseña, pues, en manera alguna, una justificacion *inicial*, para la cual sean necesarias las buenas obras, lo que seria realmente contrario á lo que enseña Pablo; como tampoco Pablo enseña una justificacion *final*, para la cual las obras sean *inútiles*, lo que seria contrario á Santiago. En la nocion completa de la justificacion bíblica hay lugar para la fórmula de uno y de otro: «el hombre es justificado por la fe sin las obras,» «el hombre no es justificado por la fe sin las obras;» segun que la palabra justificacion se entienda en uno ú otro sentido, se refiera á uno ú otro momento, conforme hemos manifestado.

La distincion, que acabamos de establecer, viene confirmada por la diferente manera como citan ambos escritores el ejemplo de Abraham: Pablo hace resaltar el primer momento en que fue por vez primera *declarado justo* por Jehová; (3) Santiago recuerda un momento muy posterior en la vida del

(1) Romanos 2. 13, 16.
(2) Corintios 4. 4.
(3) Romanos 4. 3; Gálatas 3. 6; Génesis 25; Santiago 2. 23; Génesis 22.

Patriarca, aquel en que, ya creyente y justificado, realizó su más grande acto de obediencia ofreciendo á Isaac, y recibió una confirmacion solemne de esta justificacion de antemano recibida.

El ejemplo de Rahab, citado por Santiago, no es contrario á esta explicacion, como podria creerse. Cuando esta mujer salvó los espías, era ya creyente desde algun tiempo, segun lo declara ella misma (Josué 3. 9-11.) La obra que realizó en favor de los espías fue, pues, posterior á su fe; fue el acto en el cual brilló la realidad de esta fe, y Dios correspondió á ella, concediéndole una nueva gracia, la de su conservacion temporal.

A estas dos distintas aplicaciones de la palabra *justificar*, podemos añadir dos igualmente distintas de la palabra *obras*. Las obras que Pablo declara insuficientes, inútiles para justificar, son las obras que *preceden* á la fe, las que él llama *obras de la ley*, arrancadas al pecador por el temor servil, pero vacías de lo único que podria darles un valor moral á los ojos de Dios: el espíritu de amor. Las obras que Santiago presenta como necesarias para la justificacion, son las que se han llevado á cabo *en* la fe, y que San Pablo designa con el nombre de *buenas obras*, en oposicion á las obras legales. (1)

Finalmente, la tercera palabra, la *fe*, tampoco se halla tomada en el mismo sentido en ambos escritores. Sabemos lo que Pablo entiende por fe; un acto de la conciencia moral, que reasume, por con-

(1) Romanos 3. 20 y 28; Efesios 2. 10-8. 9.

siguiente, al hombre entero, el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. Sabemos, en cambio, lo que significa la fe en el lenguaje de Santiago; en su terminología, más judía que cristiana, por acomodarse á la índole de sus lectores, la fe consiste en la adhesion de la inteligencia á una verdad racional, la de la unidad de Dios, segun llevamos dicho.

No es difícil comprender, por lo dicho, la diferencia establecida por los dos autores entre la fe y las obras. A los ojos de Pablo el elemento activo del alma, la voluntad, viene comprendido en la nocion de la fe; la obra es su consecuencia, en la cual está virtualmente sostenida. En el sentido de Santiago, la voluntad debe venir posteriormente á la fe ó creencia intelectual, para producir la obra que la completa. Aunque en realidad Santiago, en el hecho de llamar *muerta* la fe que no va acompañada de *buenas obras*, da á entender que la verdadera fe, aquella que merece el nombre de tal y la única que á sus ojos es *viva*, es inseparable de la voluntad, que produce la obra, por donde viene á coincidir exactamente con el sentido que da Pablo á la palabra *fe*.

Cuanto á la vana jactancia de una ortodoxia muerta, que sólo tiene conocimiento, pero sin obras, dice Santiago: «Muéstrame (si puedes) la fe *sin* obras, y yo te mostraré mi fe *por* mis obras.» ¿No se nos presenta en estas palabras la *obra*, lo mismo que en San Pablo, como la encarnacion de la fe, como el certificado de su existencia?

En resúmen; la justificacion es, en Pablo, aquella por la cual entra el hombre en la salvacion; en Santiago, aquella por la cual se permanece en ella. El primero trata de la obra que se hace ántes de la fe; el segundo de la que constituye su cumplimiento ó realizacion. La fe de Pablo es la de la conciencia, abrazando al hombre por entero y obrando por la voluntad; la fe que repudia Santiago es la creencia de cabeza, muerta en sí, como la voluntad no aporte además la vida y la eficacia.

Una vez establecidas estas distinciones, se comprende la verdad armónica de entrambas fórmulas, en las cuales se reasumen los dos puntos de vista.

Y ahora vamos á ver si podemos precisar la forma, bajo la cual el dogma de la salvacion cristiana se presenta á los ojos de Santiago.

La gran preocupacion del hermano de Jesus, era evidentemente las *buenas obras*. En el espíritu de Pedro dominaba la imágen brillante del estado futuro, en el cual debia terminar la venida de Cristo. Santiago pensaba más en el lado severo de la salvacion, en la santidad, que conduce á la gloria.

La norma suprema de esta santidad la encontraba en la *ley*, expresion revelada de la voluntad divina. Mas, al hacerlo así, no la separaba de su comentario y de su complemento, la revelacion evangélica. Explicada la ley por Jesus, trasformada por su Espíritu en un principio de vida inferior, venia á ser para él la *ley real*, una *ley de libertad*, la sabiduría *de lo alto*. (1)

Santiago no juzgó, pues, de la ley como lo hu-

(1) 1. 18, 23-25; 2. 8, 11; 3. 17.

biera hecho un antiguo fariseo, que no hubiese buscado en ella más que un medio de establecer su propia justicia y de hacerse un tesoro de méritos delante de Dios, mediante su cumplimiento, pero que, aislándole del auxilio de la gracia, habria acabado por no encontrar en ella más que un principio de condenacion. Santiago aprecia la ley como lo hicieron los autores de los Salmos y de los Proverbios, que procuraban cumplirla con un espíritu, no de orgullo, sino de obediencia. Léjos de entregarse á esta tarea por sí mismos, procuraban hacerlo en comunion con el Dios de la Alianza, abierta ya á los fieles israelitas con todo género de instituciones misericordiosas. Así la ley era para ellos un motivo diario de gozo y admiracion, un tesoro más precioso que el oro, un alimento más dulce que la miel.

Tal fue el sentimiento de Santiago. El Evangelio se le apareció, por consiguiente, como el coronamiento natural de aquellas instituciones destinadas á hacer la educacion moral del pueblo de Dios, como la ley *perfecta*, perfecta en cuanto á la espiritualidad de sus mandamientos, perfecta en cuanto al modelo viviente de su cumplimiento, dado por Jesus; perfecta en cuanto á la fuerza divina concedida al hombre para cumplirla de un modo semejante. El concepto de Jesus, resulta, ser, pues, segun esta concepcion, el de *legislador* supremo, de *juez* y árbitro, de *Señor de la gloria*, cuya mano pone la corona sobre la cabeza del que haya vencido. (1)

(1) Legislador, 4, 12; Juez, 4. 12. 5. 9; Señor, 2. 1; 1. 12.

No es fácil saber, dado este punto de vista, cuál resultaba ser el medio de tranquilizar la conciencia, despues de cometida una culpa. ¿Era solamente el sacrificio de Cristo, ó era necesario tambien el uso de los ritos establecidos por la ley?

Es posible que esta cuestion no se la plantearan ni Santiago, ni los judíos cristianos, á quienes aquél dirigia su Carta. Los ritos levíticos, siendo los símbolos del sacrificio de Cristo, se confundian para ellos con la realizacion de éste. Desde luego es cierto que la cuestion estaba resuelta para Pedro en este sentido; pero la Epístola de Santiago no contiene una sola palabra que descubra la opinion del autor sobre este asunto.

En todo tiempo ha habido y habrá naturalezas rectas y bien templadas, severas consigo mismas, que buscan en el Evangelio un medio de santificacion más bien que de perdon, y en Cristo un modelo y una fuerza, más bien que una víctima expiatoria. Les parece á tales hombres que el perdon debe acompañar necesariamente un trabajo serio, dirigido al propio mejoramiento moral. Semejantes caractéres han de reconocerse más ó ménos en el carácter de Santiago. El concepto de la salvacion, que resulte de esta manera de ser y de ver, necesita más bien ser completada que rectificada. No contiene error, pero tampoco la verdad brilla en ella con bastante distincion. Y si algun lector se asombrare de lo que decimos, recuerde que ni Santiago ni Júdas fueron investidos por Jesus con la dignidad de apóstoles.

La enseñanza de Pablo ha tenido por resultado estigmatizar para siempre las *obras muertas*, la observacion exterior, falta de vida interior; la de Santiago ha sido la condenacion permanente de la *fe muerta*, la creencia de cabeza sin el calor del corazon ó vida moral. Entrambos escollos, aunque distintos y opuestos al parecer, proceden de un mismo orígen, el *fariseismo*, siempre renaciente, que tan pronto *sabe*, pero no *obra*, como *obra* sin *pensar*.

Los escritos de Pablo son mayormente indispensables en las épocas de formalismo, pues levantan la bandera de la espiritualidad, que debe caracterizar la verdadera obediencia, digna de Dios, que es espíritu. La Carta de Santiago está particularmente apropiada á los tiempos de dogmatismo intelectual y de ortodoxia muerta; entónces hace resonar en los oidos la protesta del principio moral, elemento esencial de la salvacion.

La Epístola de Santiago constituye, pues, lo mismo que las de Pablo, este santo viático que el Señor ha dejado á su Iglesia para todo el tiempo de su peregrinacion y de su actividad en la tierra, el Cánon auténtico del Nuevo Testamento. Y ocasion esta la más propicia para rendir un homenaje á la amplitud de miras, á la libertad de espíritu, á los atrevimientos de fe con que la Iglesia de fines del siglo IV, al par que proclamaba altamente la divinidad de las Escrituras, supo acoger, sin vacilaciones, en su Cánon infalible, escritos que encerraban fórmulas de la salvacion, en apariencia

contradictorias. ¡A qué distancia quedó Lutero, con sus juicios apasionados, hijos de las preocupaciones y exclusivismos propios de las luchas de su época, y cuán por debajo estuvo de las animosas decisiones sinodales que presidieron á la formacion definitiva del Cánon cristiano!

En presencia de este hecho, ¿no hay fundamento para hablar del *Cánon providencial*, y para reconocer en esta recopilacion, salida de manos de la Iglesia, la obra de una direccion superior?

III.

SAN PABLO.

Hemos llamado á Santiago un hombre *único;* y lo era efectivamente, entre todos los personajes eminentes de la Iglesia primitiva, por el punto de vista particular que representaba; mas este epíteto lo merece con más razon todavia otro servidor de Cristo, por la novedad del camino que abrió, y por la grandeza de la obra que llevó á cabo.

San Pablo era, como Santiago, el hombre de la conciencia moral y del juicio recto y seguro. Al propio tiempo, poseia, como Pedro, gran riqueza de imaginacion, unida á la profundidad del sentimiento, así como el espíritu de osadas iniciativas en la esfera de la vida práctica. Pero lo que le distinguia más de uno y de otro, era el talento dialéctico más fino y penetrante, junto con la facultad de las rápidas y vastas intuiciones, que tan raras veces acompaña á la solidez del juicio. Del conjunto de estos dones, pocas veces obtenidos en grado tan eminente y en tan perfecto equilibrio, resultó una de las naturalezas más poderosas y más fecundas,

así en el terreno de la accion como del pensamiento, que jamás se hayan producido en el seno de la humanidad.

No fue en Palestina donde se abrió esta rica inteligencia, sino bajo el cielo del Asia Menor, en medio del movimiento de la literatura y de las artes griegas; en Tarsis, uno de los focos más brillantes de la civilizacion en aquella época. Difícil es creer que un espíritu tan despierto como el de aquel jóven no hubiese recibido la influencia del medio ambiente que le rodeaba. Los resabios de lecturas de la poesia griega y las frecuentes comparaciones tomadas de la vida social de los helenos, que encontramos en sus Cartas y que tan visiblemente las distinguen de los Evangelios y de los escritos de los Doce, en los cuales no se encuentra cosa semejante, revelan sin género de duda, una cultura griega muy acentuada, y desde luego una profunda simpatia por este pueblo, por su vida y por las obras de su génio. Un sentimiento como este hubo sin embargo de formarse en él ántes del período en que su espíritu fuese encerrado en la camisa de fuerza de la educacion farisáica.

Lo más probable es que pasó toda su infancia en Tarsis y que hácia la edad de doce años, la época en que el niño venia á ser, como entre los judíos se decia, *hijo de la ley*, porque desde entónces quedaba sometido á las prácticas legales, Pablo fue trasladado á Jerusalem. Tenia allí una hermana casada, y no tardó en recibir las lecciones del famoso rabino de aquel tiempo, Gamaliel. Entónces

comenzó para el jóven Pablo una severa disciplina, que al par que enfrenaba los ímpetus de su ardiente corazon, limitaba los vuelos de su viva inteligencia. En las lecciones del rabinismo farisáico todo se reducia á las explicaciones de la ley de Moises y de sus diversas aplicaciones. Era una especie de casuística, en la cual maestros y discípulos buscaban la ocasion de desplegar con frecuencia una rara sagacidad. A estos ejercicios intelectuales, verdadera gimnasia intelectual de la cual formaba el aparato, digámoslo así, la ley, se unia, por lo ménos en jóvenes sinceros como Pablo, un trabajo práctico más serio, el de realizar el ideal del bien, trazado por la ley. Por las declaraciones posteriores del apóstol, sabemos que él se consagró al cumplimiento de los deberes legales con no ménos celo que á su estudio teórico.

La consideracion de que gozaban los doctores en aquella época, es casi increible. Su persona era considerada como sagrada, sus palabras como si fueran del mismo Dios. Los jóvenes podian ser *rabinos* á los dieciseis años, y desde aquel momento tenian derecho á explicar las doctrinas de la escuela á la multitud, y ya empezaba á formarse en torno de su cabeza la aureola que rodeaba á los grandes maestros. Así se abria delante de Saulo la perspectiva de los más grandes honores, empezando á subir con paso firme la escala que debia conducirle á la cumbre. «Yo hacia, dice él mismo recordando aquel tiempo, más progresos en el judaismo que

todos mis condiscípulos.» (1) Se comprende fácilmente cuánto debia exaltar su amor propio y su ambicion semejante carrera, teniendo una naturaleza tan ricamente dotada; como tampoco debian pasar desapercibidos á su alma noble y piadosa los culpables sentimientos que se desarrollaban dentro de él. Bajo la apariencia de santidad que le envolvia, discernia en su corazon la mancha impura que no le era posible borrar. La concupiscencia, segun él mismo nos declara (ver. 7 y 8), fue la que le reveló su corrupcion moral. En cuanto á los nueve mandamientos, hubiera podido hacerse la ilusion de considerarse sinceramente irreprochable; pero el décimo, «no codiciarás», le condenaba inexorablemente y le llevaba á la desesperacion; confesion preciosa, que supone en él tanta pureza en su conducta exterior, como sinceridad y severidad en el exámen de su propio corazon. De esta manera, el fondo de su mala naturaleza se iluminaba con todas las claridades de la conciencia á la luz de la ley.

El pecado interior contra el cual Saulo tenia que luchar, acabó por explotar en un acto exterior y positivo, que fue la gran falta de su juventud y el más doloroso recuerdo de su vida, aunque la misericordia de Dios supo sacar de esta falta maravillas de gracia. Con un celo fanático se declaró enemigo de Jesus y de sus partidarios. Probablemente fue el orgullo, que sus talentos y sus éxitos habian alimentado, lo que provocó en él esta animosidad

(1) Gálatas 1. 14.

violenta. La persecucion de los cristianos, á que se entregó con una especie de frenesí el jóven discípulo de los doctores farisáicos, era una venganza del poco caso que Jesus y los apóstoles hacian de sus maestros y de la ciencia farisáica, de que él estaba tan envanecido; pero habia al mismo tiempo probablemente otra cosa: el intento de llenar por medio de alguna grande obra meritoria, la insuficiencia de la justicia propia, que él estaba cada vez más obligado á confesar. Nunca tuvo más exacta aplicacion lo que Jesus habia anunciado á sus discípulos: «Os arrojarán de las sinagogas y la hora llega en que os matarán, creyendo prestar un servicio á Dios.» Mas aquella campaña que debia salvar su propia justicia, no hizo más que precipitar su ruina; la sangre de Estéban, derramada por Pablo y sus condiscípulos, envenenó la llaga de su conciencia, en vez de curarla. Entónces fue cuando Cristo, aprovechando el momento en que su corazon estaba más hambriento de justicia, bajó súbitamente del seno de su gloria á revelársele y darle personalmente lo que buscaba con tanto ardor, *la justicia de Dios*, esto es, la sentencia absolutoria que sólo Dios, el justo juez, puede pronunciar, sin apelacion, sobre el pecador.

Esta justicia que le aportó Jesus, era totalmente distinta del ideal que Saulo se habia formado hasta entónces de este bien, el primero de todos á sus ojos. Hasta entónces él habia cifrado el objeto de su vida en poder arreglar de una manera satisfactoria sus cuentas con Dios sobre el terreno del

cumplimiento estricto de la ley y en ofrecerle una obediencia intachable, como producto de su propia fuerza moral. Sin embargo, pudo entónces convencerse de que la justicia no se le otorgaba sino como obra de otro y á título de un don gratuito. Descendió sobre él del cielo, en vez de nacer del suelo de su propio corazon, como fruto de su trabajo. El mismo nos ha descrito este contraste en un pasaje memorable. «Si alguno, dice, cree tener motivos para confiar en la carne, yo tengo más; circuncidado el octavo dia, hebreo, hijo de hebreos, fariseo cuanto á la ley; cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; cuanto á la justicia que es de la ley, irreprensible. Pero las cosas que para mí eran ganancias, hélas reputado pérdidas por amor de Cristo, á fin de ser hallado en él no teniendo la justicia propia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo; la justicia que es de Dios por la fe» (1).

Obsérvase en este pasaje, no ménos claramente que en otros, una diferencia, bien rara á primera vista, entre el sentimiento de Santiago y el de Pablo con respecto á la ley. Santiago parece encontrar en la ley un apoyo para su vida moral, un auxiliar querido; mientras que Pablo la presenta más bien como un principio de condenacion. Para Santiago la ley viene á trasformarse en el Evangelio; para San Pablo son dos principios antagónicos. ¿De dónde procede esta diferencia de apreciacion?

Santiago tomaba la ley en su pleno sentido,

(1) Filipenses 3. 4-9.

comprendiendo en ella las numerosas instituciones de *gracia* de que Dios habia ya provisto la antigua alianza. El no se habia propuesto en manera alguna cumplirla sin haberse ántes fortalecido en Dios por todos estos medios; lo mismo puntualmente que sucede hoy con el cristiano sincero, el cual tampoco separa nunca el cumplimiento de sus deberes evangélicos de la comunion con Jesus y del uso de los auxilios divinos con que él ha enriquecido su Iglesia. Pablo, por el contrario, habla de la ley en el sentido en que la entendian los fariseos entre los judíos y sus adversarios farisáicos en la Iglesia misma. Es la ley como mandato moral únicamente y como observancia meritoria; el estatuto divino, aislado de la comunion con Jehová, y considerado por consiguiente como lo opuesto á la gracia, á lo que se refiere Pablo. A los ojos de Santiago esta oposicion entre la ley y la gracia, entre la obra humana y la obra divina, no existe; porque la idea de mérito no falsea en él las relaciones entre Dios y el hombre, como sucedia en el fariseismo. La obediencia humana es la obra del mismo Dios en el hombre por medio de la fe (1). Para el fariseo, al contrario, y este es el punto de vista en que San Pablo se coloca al discutir con sus adversarios farisáicos, la obediencia, siendo puramente obra del hombre, le da, sin embargo *derecho*, si es completa, á la recompensa prometida en el siglo presente y en el venidero.

(1) Santiago 1. 17; 5. 18.

No distinguiendo bien estos dos puntos de vista desde los cuales puede considerarse la ley, no es posible comprender la manera tan diferente como se habla de esta institucion divina, así como de sus relaciones con la economia de la salvacion en la Epístola de Santiago y en las de Pablo.

Pablo, pues, se hallaba al fin en posesion de aquel bien por el cual tanto habia trabajado, tanto luchado. En Cristo crucificado y resucitado encontró la justicia, que en vano habia procurado obtener por sus propias obras. La fe, no la desnuda creencia en la unidad de Dios, sino la confianza absoluta en este Jesus entregado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificacion, era desde entónces á sus ojos la única condicion para recibir este bien de las manos de Dios. El pensamiento divino, en lo que se refiere á la salvacion de la humanidad, quedaba patente á sus ojos. Ya no se trataba, como él se habia ántes imaginado, de extender el reino de la ley á todas las naciones paganas, de *judaizar* ó bien de *fariseizar* los pueblos, para rehabilitar al mundo caido; ¿para qué, si la ley exige lo que no da medios para cumplir y condena sin dar medios de rehabilitarse, segun le demostraba su propia experiencia? Comprendió que Cristo habia venido á poner fin á este régimen y que ya no se trataba de decir al hombre: «Haz, y tu obra te salvará;» porque todo cuanto hay que hacer lo ha hecho Cristo, sino que se hace uno justo aceptando su obra perfecta y que la proclamacion de esta buena nueva debia en adelante sustituir al

proselitismo en favor de la ley. (1) Predicar á Cristo como la justicia del hombre pecador, tal le pareció que debia ser la ocupacion futura de su vida. No fue sólo la vocacion al apostolado, manifestada á él por Ananías, de parte de Dios, lo que creó en él esta necesidad, sino que provenia mayormente del trabajo realizado en toda su vida, un reflejo de la luz que brillaba dentro de su alma (2).

Sabido es de qué manera ha llenado desde el principio esta mision de predicador de la justificacion por la fe; esta fue la parte principal de su obra, de la cual no podemos dar ni siquiera un ligero bosquejo. En tres saltos, si así pueden llamarse sus tres grandes viajes misioneros, atraviesa Pablo el mundo pagano y lo conquista para el Evangelio. Así como la completa revelacion que le fue concedida sobre el punto central de la justificacion por la fe, es la iluminacion primordial que las posteriores no han hecho más que reproducir, de la misma manera su apostolado modelo es el que ha abierto el camino á todos los trabajos misioneros que se han realizado despues de él.

Pero no fueron las misiones todo el trabajo de Pablo. A la vez que difundia el cristianismo por el mundo pagano, se veia obligado á trabajar en desatarle de los lazos del judaismo, en los cuales venia como aprisionado el nuevo culto. El ave no podia desplegar sus alas, sino á condicion de salir de la cárcel que le encerraba.

(1) Rom. 10. 4, 8.
(2) 2.ª Cor. 4. 6.

Pablo habia reconocido, mejor que ningun otro apóstol, y tal vez por su misma procedencia farisáica, la impotencia radical de todo mandamiento y de todo rito para justificar y cambiar al hombre. Por esto repudió más enérgicamente que otro alguno toda liga de elemento legal. Pero es completamente falso—repetimos por última vez—que Pablo, en esta manera de apreciar la cuestion, haya tenido á los Doce por adversarios.

Ellos observaban la ley, es cierto; pero no como condicion para salvarse, sino como una institucion divina y nacional, que debia continuar, siendo la norma exterior de la vida para el judío, mientras no fuese abolida por Dios, como el último lazo, en fin, con aquel pueblo no convertido, y que debia ser su campo de mision. El mismo Santiago no iba mucho más léjos que los Doce; la diferencia únicamente consistia en que él mantenia la ley entre los judíos cristianos de una manera *absoluta* y donde quiera se encontrasen, mientras que Pedro, Bernabé y sus colegas, parecian admitir una cierta libertad *relativa* para los creyentes de raza judía, cuando vivian entre pueblos gentiles. Esto es lo que resulta del pasaje á los Gálatas, respecto al conflicto entre Pedro y Pablo (cap. 2, ver. 12): «Antes que viniesen unos de parte de Jacobo, Pedro comia con los gentiles; mas despues que vinieron, se retraia y apartaba.» El concordato de Jerusalem (Hechos, 15), no habia hablado claro sobre lo que se debia hacer en esta situacion particular, y esto fue lo que dió ocasion al conflicto de Antioquía. Las

dos maneras de comportarse, eran compatibles con el acuerdo tomado, pues la única frase pronunciada en Jerusalem, que pudiera ser aplicada en aquel caso, á saber: «En cuanto á Moises, hay desde muy antiguo gentes que le predican, toda vez que es leido en todas las sinagogas el dia del sábado.» Esta frase pertenece al discurso de Santiago, no al decreto apostólico. Así entendido, el reproche dirigido á Pedro por Pablo, afectaria sólo á su *inconsecuencia*, por cuanto volvió á levantar con su conducta posterior, lo que habia derribado con su conducta precedente (la obligacion legal). Con Santiago no pudo tener Pablo el mismo conflicto, sino que lo aceptó tal como era.

En efecto, San Pablo concedia á los judío-cristianos el derecho de seguir observando la ley de Moises, sea en la forma rigorosa de Santiago, sea en la más suave que desde luego habia practicado Pedro en Antioquía. Nada veia en esto de vituperable, con tal que no se hiciese de esta observancia un medio de salvacion, estando en este punto de acuerdo con los Doce (1). Los judaizantes farisáicos disentian sobre el particular del parecer del apostolado. Pero San Pablo se sentia completamente emancipado de la ley, á partir de la *muerte de Cristo*, que la habia abolido al cumplirla; mientras que los demás apóstoles, para poner con toda libertad en práctica esta abolicion, esperaban *la vuelta del Señor*, el cual, cambiando todo aquel estado de cosas

(1) Gálatas 2. 1 10.

existente, inauguraria la era definitiva. La emancipacion, pues, que para los demás apóstoles dependia de un acontecimiento exterior, como la vuelta de Cristo, Pablo la encontraba ya realizada en el hecho moral de la fe en la obra de Cristo (1), y esto con tal plenitud que se sentia á la vez libre de renunciar á esta observancia ó de someterse á ella de nuevo, segun que esto pudiera servir á la causa de Cristo. A esta sujecion voluntaria, tan diferente de la esclavitud farisáica, se referia Pablo cuando hablaba de «ponerse bajo la ley con aquellos que están bajo la ley,» y de «hacerse con los flacos, flaco.» (2) Igualmente en virtud de esta manera de ver y de obrar, pudo el apóstol acceder en Jerusalem á la invitacion que le dirigió Santiago, de que acompañase á ciertos nazarenos, que iban á cumplir un voto en el templo; y esto con el fin concreto de convencer á los judíos cristianos, que en gran número llegaban á la fiesta, de que hacian mal en mirarle como un adversario fanático y sistemático destructor de los ritos mosáicos entre los judíos que se habian hecho cristianos. ¿Habia efectivamente retraido alguna vez de circuncidar el hijo de algun judío-cristiano, que viviese en pais pagano, ó de educarle segun las costumbres de su nacion? No, por lo que toca á la observancia legal en sí misma, no merecia siquiera en su concepto el honor de ser combatida; caeria al fin como árbol muerto.

(1) Romanos 7. 1-6.
(2) 1.ª Corintios 10. 20-22.

Jamás hombre alguno, nos atrevemos á decirlo, ha desplegado en la manera de orillar las dificultades de la realidad más condescendencia, más flexibilidad, más dulzura que Pablo en el arreglo de esta cuestion candente entre los apóstoles. Todo lo que tiene de inflexible para con los *falsos hermanos*, los judaizantes, porque esos comprometian el principio fundamental de la salvacion por la fe, tenia de condescendiente, en la aplicacion práctica del mismo principio, sea con los otros apóstoles ó con los judíos cristianos en general, que no estaban tan dispuestos como él para la libertad. (1)

Esta finura en la conducta, que corre parejas con la de su dialéctica, fue precisamente lo que le valió las acusaciones de versatilidad y astucia, de que encontramos ya indicios en sus cartas. Esta misma condescendencia, llevada al exceso con Santiago, fue la causa de su arresto y de su largo cautiverio. Más aún, bajo este aspecto ha sido San Pablo desfigurado tristemente en las recientes pinturas que se han hecho de él. Se le ha presentado como un hombre déspota, imperativo, absoluto. Pudo haber algo de esto en su carácter natural, pero el hombre duro habia sido quebrantado, como la encina por el rayo. Cuando en mitad del camino por donde se habia dejado conducir por su propia sabiduría y su propia voluntad, se encuentra de repente en guerra abierta con Dios, á quien se figuraba servir; su corazon queda derretido en el

(1) Compárese Gálatas 2. 3-5. con Hechos 16. 3.

acto, como si se hallara en un horno. Es aquello el aniquilamiento del yo, es la muerte. El leon sale de aquella espantosa crísis trocado en cordero.

La radical trasformacion que Pablo habia sufrido en Damasco fue lo que le puso en estado de cumplir la más difícil de las empresas; la de establecer el reino de Dios entre los gentiles, sin romper con la iglesia judío-cristiana, cuna del Evangelio. Para esto ¡cuánta delicadeza en los procedimientos, cuánta perseverancia en los cuidados fueron necesarias! Despues de cada uno de sus viajes de mision, Pablo se apresuraba á volver á Jerusalem á estrechar la mano de los apóstoles que pudieran encontrarse allí, especialmente la de Santiago, el jefe de la grey. Y no volvia allí con las manos vacías, sino que llevaba á los piés de los santos de la capital el tributo del reconocimiento de toda la cristiandad pagana. (1) Jamás el vil metal sirvió para un uso más noble; el mundo entero pagaba la deuda sagrada contraida para con Israel.

San Pablo comprendia perfectamente que los sillares del edificio que edificaba entre los pueblos paganos, no podian tener otro sólido cimiento que el histórico puesto por el mismo Señor, pues de otra manera no tardarian en derrumbarse. Por esto decia: «Subí á Jerusalem, por no correr en vano ó haber corrido.» No era, pues, una vana fórmula, como algunos han pretendido, esta especie de asociacion que formaron Pablo y Bernabé de una par-

(1) Gálatas 2. 10.

te, y de otra Santiago, Juan y Pedro, despues de una conferencia decisiva; ántes bien, fue la prenda segura de una verdadera colaboracion (1). Diversos en la manera de prestar su servicio y en el campo de su respectivo trabajo, estos obreros eran lo mismo en cuanto al amo á quien servian, y en cuanto á la obra que realizaban por él.

Podria decirse que Santiago, establecido en Jerusalem, era el lado fijo del compás, mientras que Pablo, abrazando el mundo entero en el inmenso círculo de su mision, representaba el lado movible. Instrumento doble, y sin embargo único, movido por una sola y misma mano.

Ha sido nuestro propósito hacer resaltar de entre los elementos de la salvacion el que ha sido el punto central de la vida, del pensamiento y de la actividad de San Pablo; la justificacion delante de Dios. Echemos ahora una ojeada sobre las vastas perspectivas que se abrieron á su inteligencia tan luego como estuvo en posesion de este bien, objeto de sus aspiraciones más intensas. Estas grandes intuiciones se parecen á una série de luminosos círculos, en torno de un brillante foco, que les sirva de centro.

Antes, empero, de emprender este trabajo, hemos de descartar dos opiniones que han sido emitidas con frecuencia, y que nos parecen más bien vagas hipótesis que el resultado de hechos comprobados.

---

(1) Gálatas 2. 3.

Se ha pretendido que las ideas de San Pablo habian sufrido modificacion en varios puntos, durante el curso de su apostolado, y que sus cartas ofrecen la huella de estas modificaciones. Desde luego hemos de oponer una duda psicológica á esta manera de pensar. ¿La crísis que transformó á San Pablo no fue lo suficientemente radical para que saliera de aquella refundicion todo de una pieza, digámoslo así, y tal como debia permanecer hasta la muerte? En cuanto á las Epístolas, es cierto que se nota un progreso en la *exposicion* del pensamiento, pero de ninguna manera un cambio en el pensamiento mismo. En ellas se trata de la cuestion del porvenir del reino de Dios, (carta á los Tesalonicenses) ántes de exponer claramente el fundamento de la salvacion (cartas á los Gálatas, á los Corintios y á los Romanos); y hasta más tarde, cuando ya ha llevado á cabo esta segunda tarea, no llega Pablo á presentar en toda su grandeza la persona de Cristo, y en toda su belleza la institucion de la Iglesia, que es su cuerpo, (cartas á los Filipenses, á los Colosenses y á los Efesios). Despues de haber así recorrido el ciclo del conocimiento cristiano, se ocupa, finalmente, en sus últimos escritos, de las cuestiones prácticas, insistiendo en el establecimiento del ministerio en las iglesias y en la necesidad de las buenas obras (cartas pastorales). Pero, ¿se sigue de esto que no hubiera admitido desde el principio el deber de la santificacion ó la necesidad de establecer en la Iglesia un cuerpo pastoral? Las cartas á los Tesalonicenses y el libro de los Hechos, prueban

lo contrario (1). ¿Puede tampoco decirse que Pablo se elevó gradualmente á la divinidad de la persona de Cristo? Puede probarse, y se ha probado hasta la saciedad contra Baur, por medio de las epístolas del primer grupo, que todas las ideas que desenvolvió más tarde sobre este punto, las profesaba ya desde el principio de su ministerio. (2)

¿Qué podemos deducir de todo esto? que desde el primer dia se extendió el nuevo cielo, ante los ojos de Pablo, con todas sus constelaciones y que él lo recorrió de una ojeada; pero no lo trasladó sino muy gradualmente, si es lícito hablar así, á su mapa astronómico; desenvolviendo el contenido de la revelacion, á medida que lo iban exigiendo las necesidades de la Iglesia. Los elementos de la concepcion evangélica que se despliega progresivamente en la larga série de sus cartas, se hallaban todos en estado más ó ménos rudimentario en su conocimiento, desde aquellos tres dias que transformaron por completo su vida y su pensamiento.

Para demostrar un cambio en las ideas del apóstol, se citan, particularmente, ciertos pasajes, que parecen indicar una opinion diferente respecto á la proximidad del retorno de Cristo. Aun suponiendo que el hecho fuese cierto, no probaria nada en favor de la tésis que combatimos; porque una cuestion de tiempo, es muy distinta que una cuestion de dogma. El mismo Jesus sobre la tierra ignoraba

(1) Hechos 16. 23; 1.ª Tesalonicenses 5. 12.

(2) Jesucristo, de naturaleza *divina*, (Romanos 1. 3; 8. 32); *Dios* (Romanos 9. 5); *Jehová* (1.ª Corintios 10. 4); *Creador* (1.ª Corintios 8. 6).

el dia de su venida. Pero, ¿el hecho es cierto? En una de sus últimas cartas San Pablo escribe, como hubiera podido hacerlo en una de las primeras: «El Señor está cerca.» (1) Y en una de sus primeras escribe, como hubiera podido hacerlo más tarde: «Os rogamos que no os movais fácilmente, como que el dia del Señor está cerca.» (2) En el fondo lo que hay es, que á los ojos de Pablo, como á los de Jesus mismo, la actitud normal del fiel servidor es la *espera* contínua del *Señor, que ha de volver*. El único cambio que sobre este punto podemos observar en él, es que algunos dias ántes del martirio deja suponer que la vuelta del Señor no tendrá lugar ántes de su muerte (1.ª Corintios 14), mientras que en su carta á los Tesalonicenses parece sospechar lo contrario (4. 15), si bien en estos dos casos la palabra *nosotros*, podria tomarse en sentido colectivo, y de ninguna manera individual.

Como quiera que sea, esto tampoco podria llamarse un cambio de ideas respecto á la vuelta misma del Salvador; solamente resultaría modificada su opinion en cuanto al tiempo en que habria de verificarse, ántes ó despues de su muerte. No vemos lo que esto tenga que ver con la dogmática ó la moral; San Pablo nunca tuvo la pretension de conocer de antemano la fecha de su muerte.

Existe tambien otro principio muy extendido; á saber, que Pablo ha llevado á su concepcion del cristianismo gran número de nociones tomadas de

(1) Filipenses 4. 5.

(2) 2.ª Tesalonicenses 2. 2.

su educacion judáica. Se cita á este propósito la doctrina de los dos Adanes, de la predestinacion, etcétera.

Opondremos ante todo á esta suposicion la observacion psicológica que hemos aducido contra la tésis precedente. La trasformacion profunda, completa, que experimentó San Pablo en su crísis memorable, debió influir en su pensamiento lo mismo que en el conjunto de su vida, y la tentacion de rechazar los elementos de verdad encerrados en su concepcion religiosa precedente, en aquel momento repudiada, hubo de ser más fuerte que la de conservar las nociones falsas ó dudosas que la integraban. No es difícil explicar la relacion necesaria entre lo que él llamara dos Adanes despues de la luz que se hizo en su alma el dia de su conversion, con respecto á la oposicion entre el estado natural del hombre y su nuevo estado en Cristo. Por otra parte, las ideas que pudo haber aprendido sobre esta materia en la escuela de los rabinos, estaban tomadas de la revelacion preparatoria que estaba encerrada en el Antiguo Testamento, y se agrupaban, á manera de centellas salidas de aquel foco primitivo, en torno de la revelacion perfecta que se le acababa de conceder. Por cierto ninguna de aquellas ideas precedentes pasó á formar parte de su predicacion apostólica, sin haber recibido el sello de la nueva creacion que se habia realizado en él.

Otro tanto debemos decir del dogma de la predestinacion. Lo que él hubiera podido oir anterior-

mente sobre este punto en las escuelas judías fue depurado por el alto sentido cristiano, ántes de pasar á formar parte de su enseñanza. En los escritos de Pablo no se encuentra el menor rasgo de una predestinacion fatalista. La libertad y la responsabilidad nunca dejan de darse por supuestas, sin perjuicio de ser con frecuencia afirmadas por él; y en cuanto á los capítulos X y XI de la Carta á los Romanos, no vacilamos en afirmar que encierran precisamente una protesta vigorosa contra la predestinacion fatalista, en la cual fundaba osadamente Israel su resistencia al Evangelio.

El conocimiento cristiano del apóstol se cifra en aquella admirable frase: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura. Las cosas viejas pasaron; he aquí que todas son hechas nuevas.»

Conviene fijarse mucho en que el primer punto sobre el cual el rayo revelador cayó, despues que el problema de la salvacion hubo recibido en la conciencia de Pablo una solucion perfecta, fue la persona del Salvador, á quien habia visto en su gloria divina con los ojos de su propio cuerpo, hasta el punto de quedar temporalmente ciego por el resplandor de aquella súbita aparicion. De aquel momento data sin duda la impresion que viene expresada en esta frase de su epístola á los Colosenses: «Toda la plenitud de la Divinidad habita en él corporalmente.» Ninguna de las visiones posteriores ni aun su arrobamiento hasta el tercer cielo, podria explicar tan gráficamente el orígen del adverbio *corporalmente*, sobre todo en el estilo de Pa-

blo, que se habia formado una idea tan elevada de la espiritualidad de Cristo, hasta el punto de decir: «El Señor es el Espíritu.»

San Pablo habia compartido probablemente hasta entónces la opinion rabínica segun la cual el Mesías debia ser el hombre en su más alta potencia; tal vez, aunque esto es ménos probable, estaba ya iniciado en la idea, que constituye el fondo de todas las especulaciones cabalísticas posteriores, segun la cual el Mesías habia de ser la aparicion del hombre tipo, el modelo celeste conforme al cual ha sido creado el Adan terrestre (1). Pero la contemplacion del Mesías en la persona de Jesus glorificado le elevó desde luego á una nocion superior; reconoció en él la aparicion de un sér divino por esencia; esto es por lo ménos lo que resulta de todas sus grandes epístolas á los Gálatas, á los Corintios y á los Romanos. Si en ellas no ha desenvuelto por completo este pensamiento, porque las cuestiones de la gracia y de la ley le preocupaban en esta época exclusivamente, no es ménos cierto que viene allí claramente enunciado. La necesidad exegética de aplicar á Jesucristo el grito de adoracion Rom. 9. 5: «Dios sobre todas las cosas, bendito eternamente,» ha sido demostrada de una manera que podemos llamar definitiva en la disertacion clásica de M. Schultz. Y si se reflexiona en lo que era para la conciencia judía la distancia que separa al Criador de la criatura, se com-

(1) Baur pretende que Pablo jamás ha ido más allá de esta idea.

prenderá que el pensamiento de Pablo no la ha salvado por un simple arranque de especulacion.

No hay duda que el Antiguo Testamento hubiera podido colocarle en la pista, puesto que en distintos pasajes hacia presentir la divinidad del Mesías venidero, y el último de los profetas presentaba expresamente la venida de aquel personaje como la suprema teofanía, la aparicion de Dios (1), pero sin duda fue más tarde cuando San Pablo descubrió y reunió sus pruebas escriturales. La fe adquirida fue la que despertó sobre ellas su atencion, y no lo contrario.

Es preciso además fijarse en otra diferencia, que Neander ha hecho ya observar. Jacobo habia conocido á Jesus desde la infancia; Pedro le habia seguido en su ministerio; mientras que Pablo no le conoció personalmente hasta su aparicion gloriosa. No es de extrañar, pues, si se reflexiona sobre estas distintas situaciones, la manera peculiar con que cada uno habla del Cristo, y particularmente el que los atributos divinos sean continuamente aplicados á su persona en los escritos de San Pablo.

En sus últimos escritos fue donde San Pablo expuso más claramente su manera de ver respecto á la persona del Cristo. Allí le representa trocando voluntariamente su forma de Dios, su estado divino, por la forma de siervo; luego sufriendo en este estado humano el más profundo abatimiento;

(1) Comp. Malaquías 3. 1.

siendo al fin levantado de nuevo, como hombre, á toda la altura del estado divino, del cual se habia despojado al encarnarse.

Uno de los puntos de vista más importantes, que tiene San Pablo en este órden de ideas, es el de la unidad de la creacion natural y de la creacion moral, por el lazo que estableció entre ambas la persona del Cristo, el jefe de la una y de la otra. Estas dos obras pertenecen á la ejecucion de un plan único (1); de suerte que todo, así en la naturaleza como en la historia, en la humanidad como en la Iglesia, todo parte del mismo principio, Cristo, y termina en el mismo fin, Cristo; el Alfa y la Omega, segun la expresion del Apocalipsis. Allí está, segun S. Pablo, el principio de una nueva sabiduría, la que es segun Cristo, *sabiduría* cuya enseñanza reserva á *los perfectos* y cuyo contenido es el designio formado por Dios desde la eternidad *para nuestra gloria*. Porque siendo la Iglesia una con su jefe, si éste es glorificado, lo es tambien ella juntamente con él, y la posicion suprema de Cristo en el universo viene á ser necesariamente la nuestra. (2)

A esta opinion que San Pablo tiene formada del Cristo, es preciso relacionar la idea que tiene de la *naturaleza*. M. Sabatier ha pretendido que San Pablo no tuvo como Jesus el sentido de la naturaleza. Mas para hablar así, es menester no haber leido el magnífico pasaje del capítulo 8 de la Epístola á los Romanos, donde el apóstol nos

(1) 1.ª Cor. 8. 6; Efes. 1. 8-10; Col. 1. 15-20.
(2) Col. 1. 26-28; 1.ª Cor. 2. 6; 12. 26, 27; Rom. 8. 29, etc.

presenta la naturaleza sufriendo toda ella un estado de corrupcion y fragilidad, á que la ha conducido nuestra caida, y uniendo su gemido al de los hijos de Dios, al del Espíritu Santo mismo, que claman ardientemente por la renovacion exterior de todas las cosas, como coronamiento de la renovacion espiritual de la humanidad por Jesucristo. La naturaleza es para San Pablo lo que ha venido á ser para la ciencia de nuestros dias despues de los descubrimientos geológicos; un todo viviente que se transforma y de ninguna manera una cosa muerta envuelta en la red de leyes matemáticas; el teatro de un progreso constante y, por consiguiente, el preludio de una obra más magnífica que ha de salir de la actual, como el niño del seno de su madre (1). Estas son las bases profundas de una verdadera filosofía de la naturaleza.

La *historia* de la humanidad es comprendida por San Pablo con la misma profundidad. La universalidad del hecho del pecado está demostrada por la del hecho de la muerte; pero enfrente de esta universalidad de corrupcion y de condenacion existe la de la justificacion y de la vida. Dos personalidades reasumen la una y la otra, Adam y Cristo. Así como por el nacimiento dependemos involuntariamente de la primera, por la fe libre podemos identificarnos con la segunda y encontrar en ella, no sólo la neutralizacion del daño que sufrimos por Adam, sino tambien una sobreabundan-

(1) Romanos 8. 22.

cia de gracia, que sobrepuja infinitamente los efectos pasajeros del pecado primordial y colectivo. (Romanos 5.)

En el cuadro de la historia así comprendida, surge el problema del misterioso pueblo de *Israel*, elegido de Dios y sin embargo al fin rechazado por él. ¡Qué contradiccion! ¡Qué imposibilidad moral! ¿No es preciso desesperar de la verdad del Evangelio, si no es posible sostenerla sino afirmando la tésis insostenible de una infidelidad de Dios hácia su pueblo escogido? San Pablo aborda este terrible problema y lo trata bajo todas sus fases en su famosa disertacion de la Epístola á los Romanos, capítulos 9 y 10. En oposicion á una eleccion que se impondria á la voluntad divina, como una obligacion á que no podria sustraerse; el apóstol reivindica la libertad soberana de Dios, que puede rechazar aun á la nacion escogida, si ella se sale de la condicion moral de su eleccion, la fe, y llamar á indivíduos pertenecientes á pueblos no elegidos, si estos vienen á llenar la condicion moral de la eleccion, la fe, (capítulo 9). El apóstol demuestra que el primero de estos dos casos se ha realizado para Israel, porque en lugar de dejarse conducir *por la ley á Cristo*, se ha servido de la institucion mosáica para *establecer su propia justicia* y ha rechazado obstinadamente el ofrecimiento de la salvacion que Dios le ha hecho por medio de sus enviados (capítulo 10). Despues de esto descubre la gran perspectiva: cuando á consecuencia de esta misma resistencia del pueblo israelita, se habrá

abierto acceso libre á la salvacion á todos los demás pueblos, y estos, semejantes al hijo pródigo, habrán entrado en la casa del Padre; entónces la gracia á estos otorgada, provocará el arrepentimiento y la conversion del orgulloso Israel, este hijo mayor, ofendido por el tratamiento concedido á su pródigo hermano. De esta manera, así la nacion teocrática como el gentilismo indisciplinado, despues de haber tenido cada uno su época de desobediencia y de incredulidad, acabarán por reunirse en la aceptacion de una salvacion comun, y por caminos diferentes llegarán al glorioso término fijado de antemano en los planes de Dios. Puesto que «Dios les ha encerrado á todos en incredulidad, á fin de hacer misericordia con todos ellos, ¡Oh profundidad de la sabiduria y del conocimiento de Dios!» (capítulo 11). Tal es la síntesis concebida por San Pablo sobre la marcha religiosa de la humanidad. Nada se ha escrito más sublime sobre este gran problema de la filosofía y de la historia.

El pensamiento moderno vacila todavia respecto á la verdadera nocion del *Estado*. Unos reconocen el elemento divino, que se halla en la base de esta institucion; pero se inclinan con demasiada frecuencia á incorporarlo en una teocracia y á colocar al pueblo bajo el yugo clerical. Otros no creen conveniente oponerse al instinto moderno que proclama, como la más preciosa de las libertades, la de conciencia y de culto, pero desconociendo el principio divino que sostiene la contextura del Estado y viendo meramente en la sociedad

política y civil el resultado de un contrato fundado en la mútua utilidad. El pensamiento de San Pablo dista igualmente de estas dos erróneas tendencias. Por una parte, el papel del Estado está reducido por él á una esfera puramente psíquica y terrestre, (1) «Toda alma esté sometida á las potestades superiores»; mas por otra le atribuye sin vacilar un principio y un objeto divinos. Dios ha querido el Estado, lo mismo que ha querido la Iglesia. La conciencia, pues, y no el mero interés exigen del cristiano que en todo sea ciudadano fiel. (2) Así queda deslindada á grandes rasgos la verdadera nocion del Estado, y sentada la base única sobre la cual puede edificarse la filosofía del derecho. Puede decirse con certeza que á todos los puntos, que el apóstol ha tratado, ha llevado un rayo de celeste luz.

Y ¿qué decir finalmente de este hombre, cuando al lado del fundador de iglesias, que en 25 años conquista el mundo romano, del pensador que ilumina, sin descarriarse un solo instante, los dominios más variados y oscuros del conocimiento, del escritor que en un plazo relativamente corto de su carrera apostólica, trabajosa y accidentada, encuentra medio de componer tres obras maestras como las dos Epístolas á los Corintios y la Epístola á los Romanos, escritos en los cuales cada frase parece un diamante cincelado? ¿Qué decir de este hombre cuando, bajo el peso de tan inmensa tarea,

(1) Romanos 13. 1.
(2) Romanos 13. 1-6.

vemos en él al amigo cariñoso y atento, que va hasta á recomendar á su jóven colaborador que no deje de beber un poco de vino; al compañero delicado, que se esfuerza, se complace en conceder á sus más modestos auxiliares en la obra comun un lugar honorífico á su mismo lado; al hermano tierno, en fin, que envia un esclavo infiel á quien ha convertido en la cárcel, á su antiguo amo, recomendándoselo como si fuera *él mismo, como sus propias entrañas?*

Si un hombre es grande segun la grandeza y variedad de los contrastes que se reunen en su persona, ninguno tal vez ha existido sobre la tierra, que pueda compararse con justicia á San Pablo. Hombre de profundas intuiciones, lo mismo que de sutil análisis, hombre del más sincero misticismo, al par que de inalterable buen sentido, uniendo el génio especulativo al práctico es decir, todas las facultades de la inteligencia, todas las gracias, todas las amenidades, todas las ternuras y todas las profundas energias del corazon: se comprende que Cristo haya tenido necesidad de tal instrumento para realizar la más grande de las obras, despues de la suya, y que no pudiéndole obtener de buen grado, se haya apoderado de él á viva fuerza.

Lo cierto es que, mientras los otros apóstoles andaban, Pablo volaba á través del mundo; y lo que hay de más admirable tal vez es que, sin violentarlos y sin dejarse tampoco imponer por ellos, supo mantener intacto el lazo de fraternidad y de colaboracion que debia unirlos. La conserva-

cion de este lazo ha sido el más bello fruto del amor de Cristo que reinaba en todos estos corazones, y hacia converger sus voluntades en un solo objeto, que era la gloria del Redentor.

IV.

SAN JUAN.

El talento dialéctico preponderaba en San Pablo sobre la tendencia contemplativa, que sin embargo, tampoco le faltaba, segun hemos visto. Juan, por el contrario, tenia tan desenvuelta la facultad de la intuicion, que apenas quedaba lugar en su espíritu para el trabajo de argumentacion. Juan no razonaba, veia; y por tanto, no disputaba, sino que afirmaba ó negaba, basando la autoridad de sus afirmaciones tan sólo en su verdad intrínseca, que su alma sincera debia percibir instintivamente.

A este primer contraste entre estos dos hombres, hay que añadir otro con respecto al carácter de entrambos.

Pablo era activo en los asuntos agenos y muy juicioso en los propios; Juan era un espíritu soñador, más poético que práctico, más inclinado al ideal que al movimiento de la vida exterior. Por esto hizo pocas cosas; ninguna creacion eclesiástica es debida á su apostolado. El mundo en que vivia su espíritu, era el de las realidades supra-sensibles.

Su inteligencia y su voluntad tendian al centro, no á la circunferencia.

Cuando naturalezas semejantes están animadas por un corazon tierno y amante, sus afecciones revisten fácilmente algo de exclusivo y apasionado. De tal manera se identifican con el objeto de su amor, que éste es su vida, y les inspira hácia todos los que no sienten como ellos una cierta intolerancia, que llega á veces hasta la cólera. Tal parece que debió ser Juan ántes de sentir la influencia de la renovacion verificada en él, por el Espíritu de Cristo. El habia cerrado imperiosamente la boca al que se habia permitido arrojar los demonios en nombre de Jesus, sin contarse en el número de sus discípulos. Era él quien pedia que cayese fuego del cielo sobre la aldea samaritana que cerraba sus puertas á Jesus. Nada más distinto del verdadero Juan que la idea que de él se forma generalmente. En vez de una naturaleza muelle y flexible, conviene más bien representársele de un carácter ardiente, decidido, brusco, que Jesus describió tan bien con el epíteto *Hijo del Trueno*, que le dió lo mismo que á Jacobo su hermano. Como el rayo sale súbitamente con estruendo del seno de la nube inmóvil y silenciosa, así explotaba el odio ó el amor en el alma de estos dos jóvenes representantes de la raza semita.

Hemos reconocido en cada uno de los apóstoles precedentes, Pedro, Jacobo y Pablo, la aspiracion dominante, á la cual respondió el Evangelio. No creemos engañarnos diciendo que la necesidad profunda que dominó en el alma de Juan desde el principio, fue la de lo infinito. Se ha llamado *mal del infinito* á ésta nostalgia sin nombre, que consume las naturalezas sensibles y soñadoras, hasta que encuentran el objeto que satisface más ó ménos cumplidamente su aspiracion. Los escritos de Juan dejan comprender que ésta fue la necesidad que abrió su alma al Evangelio. No en vano la palabra *vida* es la más repetida y preponderante en sus escritos. La vida es el vacío de la existencia finita, llenado con la riqueza de la existencia perfecta. Es el corazon de la criatura, abrevándose de paz, de santidad, de fuerza en el manantial supremo. Es el hombre elevado hasta Dios, y Dios viviendo en el hombre. Este parece que debió ser el ideal de Juan en su juventud, y que descubrió en Jesus, estableciéndose por él la intimidad profunda que viene caracterizada en esta frase: *el discípulo que Jesus amaba.*

No parece, pues, que Juan llegase á la fe á través de alguna lucha ó de alguna revolucion moral. Tampoco tuvo que vencer, como Jacobo, ningunos celos provocados por una rivalidad de la infancia; ni, como Pablo, encontró en sí mismo una resistencia declarada, efecto de la preocupacion ó el orgullo. Desde su primera entrevista con Jesus, Juan se sintió atraido irresistiblemente y se entregó con toda el alma á su nuevo Maestro. La fe resultó en él una intuicion inmediata, debida á esta enseñanza interior de Dios, de que habla con frecuencia en sus escritos. Reconoció en Jesus al Mesías; esto es, al bien supremo. La piadosa enseñanza de su ma-

dre Salomé le habia conducido á la escuela de Juan el Bautista; la invitacion del Precursor le condujo con la misma facilidad á los brazos de Jesus. Para llegar á él, no hubo de atravesar ni profundas tinieblas, ni siquiera una ligera niebla. Anduvo de luz en luz hasta que la claridad del mediodia brilló sobre él con todo su esplendor.

De ahí la gran diferencia entre su intuicion evangélica y la de Pablo. En éste domina la idea de la *salvacion;* en San Juan la de la persona del *Salvador*. En el hecho de la redencion encuentra Pablo el conocimiento del Redentor; en la salvacion descubre al autor de salud. Mas en la intuicion de Juan el Salvador precede; la salvacion le aparece como una emanacion del Salvador; es Jesucristo mismo comunicándose á su alma.

Cuando nos describe á Cristo, que para él es el Evangelio mismo, no se vaya á creer que toma la idea á las especulaciones filosóficas de su tiempo, lo más que de ellas recoge es el *vocablo* imperfecto del cual se sirve para expresar su pensamiento. Este se ha formado en él con la contemplacion de su Maestro y la diaria audicion de sus enseñanzas. Su alma se ha abrevado en los manantiales de esta vida, en la cual ha reconocido la vida, digna de este nombre. Es más; ha oido al que realizaba tan perfectamente su ideal, declarar: *Yo soy el pan de vida descendido del cielo para dar la vida al mundo*, y á consecuencia de esta declaracion y sobre el fundamento de este testimonio, exclama: *La vida que estaba con el Padre desde el principio, nos ha*

sido manifestada y nosotros la hemos visto. (1) La verdad divina, luz del alma, se ha derramado en él á medida que escuchaba á Jesus; más aún, ha oido á Jesus mismo declarar: «Yo soy la verdad» (2). Al punto exclamó: «La verdad ha venido por Jesucristo.» Hé aquí el sencillo orígen de este teorema religioso, en manera alguna metafísico, del Verbo hecho carne, cuya filiacion buscan algunos en Filon y hasta en Platon. Desde el punto de vista del monoteismo judío, un hombre no podia ser la *verdad* y la *vida* para el alma humana, sino en tanto que fuese la revelacion de Dios mismo y participase de su esencia, en tanto que fuese su imágen viviente, su imágen en el eterno espejo de la justicia divina, la expresion adecuada y coeterna de su pensamiento y de su ser. El Antiguo Testamento habia consagrado ya el vocablo *Verbo* para designar las manifestaciones de la Omnipotencia divina. La teologia judáica habia mucho ántes de San Juan, aplicado la frase *Verbo de Jehová*, á todas las señales visibles de la accion de Jehová en el mundo exterior. La expresion de *Verbo* de que se sirve San Juan para designar el lado divino en la persona de su Maestro no hace, pues, falta explicarla por la filosofía de su tiempo. Basta la Biblia, y la enseñanza de las escuelas judías; que de ella se derivaban, para darse de ella exacta cuenta.

Un natural recogido y contemplativo—hé aquí

(1) 1.ª Juan 1. 3.
(2) Juan 16.

el fondo de donde surgen los genios poéticos ó filosóficos. El talento filosófico, que consiste en elevarse rápidamente desde cada hecho particular á su principio general, es evidentemente hijo de la contemplacion; y el don poético, que es la facultad de descubrir con facilidad la imágen concreta donde puede encarnarse y hacerse sensible la idea abstracta, supone el hábito de dejarse llevar por la fantasia soñadora, que sólo tira á fijar poderosamente, la idea que la preocupa, en formas plásticas, dándole cuerpo por medio de la imaginacion. Juan parece haber poseido en alto grado ambos talentos. El primero resalta claramente en su Evangelio; el segundo en el gran poema bíblico, el Apocalípsis. En el primero de estos escritos, cada manifestacion de la persona de Jesus es cogida desde el punto de vista de su valor espiritual y eterno. Leyendo con recogimiento esta narracion, se siente palpitar en cada fibra de la carne del Hijo del hombre al Verbo de Dios. Cada uno de sus milagros es como la irradiacion de su dignidad de Hijo. Los raros efectos que se producen en torno de su vida, por accidentales que parezcan á primera vista, son remontados por Juan á su principio, ora en direccion del bien, ora del mal; y á través de las causas segundas aparece siempre la causa superior, Dios ó Satan.

Se comprende con esto que la polémica contra la herejia, que no aparece en el Evangelio, pero que se manifiesta en la primera Epístola, sea sumaria, afirmativa; no analítica ni discursiva, fulminante; pues no en vano es la del hijo del rayo.

El don poético de Juan, se muestra en el Apocalípsis, el complemento del Evangelio. No comprendemos cómo se ha podido, y sin embargo se ha hecho, oponer uno á otro estos dos escritos. Si hay diferencias en el estilo, la razon es bien sencilla. En el Apocalípsis se deja sentir más la influencia del Antiguo Testamento; porque este libro no es en realidad otra cosa que la reproduccion al fin del Nuevo Testamento, de todas las profecías del Antiguo, no cumplidas en la primera venida de Cristo. En cuanto al drama, corresponde exactamente, como luego veremos, al de la historia del Evangelio. Es la poesía completando la narracion, la profecía acabando la historia. Como lo ha hecho en el Evangelio, se remonta en este otro libro, desde los hechos particulares á su principio, del Jesus terrestre al Verbo eterno; asímismo, en el cuadro profético muestra los primeros principios de las cosas, descendiendo hasta las últimas consecuencias, las potencias misteriosas que dominan la historia, apareciendo al fin sobre la escena, bajo una forma más concreta.

Por lo que toca á la lucha entre la ley y la gracia, que ocupó una parte tan considerable de la vida de Pablo, es para Juan una tempestad disipada. Ni la menor huella se encuentra en sus escritos del antagonismo, que juega tan importante papel en los escritos del Apóstol de los gentiles. La fe, segun Juan, no es la creencia que debe ser *completada* por la obra, como lo es para Jacobo, ni

tampoco la causa que *produce* la obra, como lo entiende Pablo. Es la obra misma, la obra verdadera, la obra suprema, la toma de posesion inmediata de Cristo, es decir, de la salvacion, de la vida.

«¿Cuáles son las obras de salvacion, á fin de que nosotros las hagamos?» preguntan los judíos al Señor. «La obra de Dios,» les contesta Jesus, «es que creais al que él envió.» La fe es la obra de las obras. Creer es entregarse, y entregarse es el apogeo, es el todo de la actividad moral. He aquí donde es preciso llegar para encontrar el profundo acuerdo entre Pablo y Jacobo; la fe no es fe, sino en cuanto obra, y la obra no es obra sino en cuanto es fe. Jesus ya habia formulado de antemano esta conciliacion. Todas las tempestades que habia suscitado el paso del Maestro, no apagaron en la memoria de Juan aquel acento suave, que terminaba toda discusion, y ponia de acuerdo todos los aspectos de la verdad.

La actividad práctica de Juan fue casi nula. Su vocacion no era fundar; todo lo que podia hacer en el dominio del exterior, era cultivar las creaciones de sus colegas, y es lo que hizo en el Asia Menor, en el seno de las iglesias, debidas á la tercera mision de San Pablo. Allí, último depositario del conocimiento inmediato del Señor, confidente íntimo de sus pensamientos, reflejo viviente de su palabra y de su persona, llevaba, como lo dijo en su poético lenguaje Policrato, obispo de Efeso, la tiara de soberano sacrificador con la lámina de oro y la inscripcion «*Santidad al Eterno.*» Allí mostraba en su persona cómo la vida alcanza su objeto, y cómo la perfeccion de Cristo se realiza en el creyente. De esta manera condujo aquella iglesia de cristianos primitivos á una altura relativa, capaz de servir de tipo á las de todas las edades venideras.

Juan terminó, pues, la obra comenzada por sus predecesores; puso el coronamiento al edificio que éstos habian fundado. Por medio de su Evangelio ha completado el conocimiento que la Iglesia tenia de Cristo; por su primera Epístola, el que poseia de la santidad del creyente; por el Apocalípsis, en fin, el que necesita para darse cuenta de su posicion en el mundo, de las luchas que la esperan y del triunfo que ha de coronarlas. El Cristo, el cristiano, la Iglesia; tres asuntos sobre los cuales resplandece, merced á los escritos de Juan, una claridad sublime, parecida á la que el sol poniente derrama sobre las altas cimas de los Alpes.

La *gloria*, como fin supremo; las *buenas obras*, como el camino por el cual llega el creyente á esta gloria; la *fe*, como el umbral que hay que atravesar para entrar en este camino de las buenas obras; la *vida*, en fin, como la esencia misma de estos distintos elementos de salvacion; he aquí las cuatro fases, bajo las cuales se ha presentado á los ojos de los cuatro principales apóstoles, el soberano bien concedido á los hombres en Jesucristo.

Cuando tratamos de hacer un viaje, lo primero que se presenta á nuestro espíritu es el *objeto* que

nos proponemos alcanzar; luego vienen las cuestiones relativas al *camino* que conviene seguir; fijamos despues el *punto de partida*, y finalmente abrazamos de una ojeada la empresa que tenemos delante, sometiéndola á una séria reflexion.

De una manera análoga, al abrirse la carrera que habia de seguir la Iglesia, Pedro dirige sus miradas al término de la misma, que es la *gloria* prometida; Santiago traza claramente el camino, que es la santificacion, sin la cual nadie verá á Dios; Pablo indica la entrada de este camino, que es la justificacion personal, la reconciliacion con Dios, fuera de la comunion con el cual nada podemos hacer; Juan, en fin, contempla toda esta obra bajo la forma de una vida divina, comunicada al hombre mediante la justicia, para producir la santidad en vista de la gloria final.

¡Cosa notable! estos cuatro conceptos de la salvacion, corresponden más ó ménos á los cuatro aspectos, bajo los cuales la persona de Cristo es presentada en los Evangelios.

Desde los antiguos tiempos se ha observado una estrecha relacion entre el Evangelio de San Mateo y la Epístola de Santiago. En ambos escritos, efectivamente, la salvacion por Jesucristo aparece como el cumplimiento de la ley. Elevada la ley de Dios á su completa espiritualidad por Jesus, se derrama en los corazones como una fuerza santa por la virtud del Señor glorificado, y pasa á ser la santidad del alma, la salvacion. Léanse con detencion el Sermon de la montaña y la carta de San-

tiago, y se verá si no es éste el pensamiento fundamental de ambos escritos.

Pablo ocupa, en el Cánon epistolar del Nuevo Testamento exactamente el mismo lugar que Lúcas en el Cánon evangélico. En uno y otro se trata esencialmente del hecho por el cual el pecador entra en gracia con Dios; á saber, de parte de Dios el perdon gratuito; de parte del hombre, la fe. El que lea atentamente las tres parábolas, de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo pródigo, en el capítulo 15 de San Lúcas, convendrá en que Pablo no ha desenvuelto en sus Epístolas, ni realizado en su actividad misionera otra cosa que el pensamiento de Jesus, expuesto en aquellos tres cuadros.

La analogía entre Marcos y Pedro, es tal vez ménos completa. El acuerdo entre ellos estriba más bien en la posicion intermedia que han ocupado uno y otro entre los representantes de los dos puntos de vista precedentes. Sin embargo, la nocion de Jesus, Mesías é Hijo de Dios, que llena el Evangelio de Márcos, se acerca mucho á la del reino glorioso, que llena el alma de Pedro en su Epístola. Para entrambos escritores, Jesus es el Mesías israelita elevado á la dignidad de Hijo de Dios, y la Iglesia, la teocracia israelita trasformada y glorificada.

Por lo que toca á Juan, la idea de la vida, que llena sus Epístolas, penetra tambien todo su Evangelio; y esto no porque lo haya trasladado por su capricho á este último. El discípulo no se ha per-

mitido rehacer la figura del Maestro á su imágen; por el contrario, su espíritu es el que ha recibido la impresion del espíritu del Maestro. Porque habia oido decir á Jesus, como lo menta en su Evangelio: «El que cree en mí, saldrán de él rios de agua viva» ó «Yo soy el pan de vida,» por esto le presenta en su Epístola como la vida eterna, aparecida, contemplada y saboreada por la fe.

Y ahora podemos apreciar el respectivo valor de estas cuatro exposiciones históricas y doctrinales de la salvacion en Cristo, en la vida de la Iglesia de todos los tiempos. Jesus dijo en su última oracion, contemplando á los apóstoles reunidos en torno suyo. «Padre, te ruego por todos aquellos que creerán en mí por la palabra de ellos.» Jesus ha hecho, pues, de la palabra de los apóstoles el intermediario único y suficiente entre su aparicion sobre la tierra y la fe de cada hombre. Todo el que crea, no cree sino acogiéndose al testimonio y á la palabra apostólica; sólo por este medio puede llegarse al Jesus viviente. Jesus no se revela á ninguna alma de otra manera que sirviéndose de esta cuádruple representacion de su persona y de su obra que se encierra en el Nuevo Testamento, y que es su normal y completa revelacion. Por esta dispensacion divina, llena de sabiduría, es como la Iglesia se libra de todos los falsos misticismos, y toda pretension á una asistencia especial del Santo Espíritu, aparte de esta revelacion escrita, está marcada de nulidad. «Yo soy glorificado en ellos,» decia Jesus, refiriéndose á sus apóstoles. Puesto

que su gloria de Mesias prometido, de Salvador del mundo, de Hijo de Dios, de bien amado del Eterno se les habia aparecido; quedaron hechos los depositarios para el mundo entero. Pues bien, precisamente esta glorificacion de Jesus en el corazon de los doce es lo que viene como concentrado en los cuatro grupos de escritos evangélicos ó apostólicos, que acabamos de designar en el Nuevo Testamento. Jesus viene glorificado en ellos como el Salvador perfecto bajo todos los puntos de vista, y no puede ser glorificado en nosotros sino por este mismo medio. Toda la revelacion de Cristo en la Iglesia subsiguiente no es más que una reproduccion de la revelacion directa y primordial conservada en los cuatro grupos en que se dividen, segun acabamos de ver, los libros canónicos.

Por lo que dejamos dicho se puede calcular la importancia de esta cuádruple exposicion del Cristo, que la Iglesia posee en el Nuevo Testamento.

Empero lo que mayormente nos importa hacer resaltar, ántes de poner término á este trabajo sobre cuatro individualidades tan diferentes y tan debatidas, es la grandeza de Aquel que las subyugó tan poderosamente y las puso á su servicio. Dos de estos hombres, Pablo y Juan, eran naturalezas de empuje, aunque de aptitudes muy opuestas. El primero hubiera representado un gran papel en el seno de la sinagoga, lo mismo que en la Iglesia, y su nombre hubiera pasado á los fastos de la historia, aunque no hubiera sido inscrito en ellos con el título de apóstol de los gentiles. No hubiera suce-

dido lo mismo con Juan, á pesar de la indiscutible superioridad de sus facultades. El aislamiento natural de su carácter tímido y modesto le hubiera impedido aparecer jamás en un gran teatro. Hubiera sido el jefe de un pequeño grupo de espíritus delicados, que se hubieran reunido en torno de él, como aquel Bano, de que habla Josefo, que se habia unido á él en su juventud. Por esto se comprende cuál debió ser el poder de Aquel, que acertó á dominar tan absolutamente estos dos genios que no hubo ya en todo su ser una sola fibra que no vibrase por él, ni en su espíritu un pensamiento que no fuese una irradiacion del de Jesus! El más fino dialéctico que haya producido la humanidad pone toda su sagacidad al servicio de la obra concebida por su Maestro, y al propio tiempo uno de los génios místicos más notables de todos los tiempos no conoce otro objeto de su clara intuicion que la persona de este mismo Maestro!

Jacobo y Pedro son dos naturalezas evidentemente ménos dotadas que las anteriores; pero la grandeza de Jesus tal vez triunfa más en su pobreza que en la riqueza de Pablo y de Juan. Se ve claro que no es debida á sus talentos la obra que llevaron á cabo estos dos hombres. Lo que ellos han hecho, es Jesus, objeto de sus predicaciones, quien lo ha hecho. Sus aptitudes intelectuales no contribuyeron en lo más mínimo, y podría aplicárseles en el más alto grado la imágen de que se servia San Pablo, cuando comparaba á Jesus á un tesoro que manifiesta su excelencia en vasos de

tierra. Por lo demás, esto es lo que el Padre habia querido que se comprendiera, al dar á Jesus tales hombres por apóstoles; y Jesus lo reconocia así en aquellas palabras: «Padre, te doy gracias de que has escondido estas cosas á los sábios y á los prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos.»

De esta manera, el mismo Jesus que supo hacer pequeños á los grandes, como Pablo y Juan, supo hacer grandes á los pequeños, como Pedro y Santiago; grandes hasta el punto de aventajar á los más grandes personajes de la historia; y á la verdad es difícil calcular en cuál de las dos obras, la de los grandes ó la de los pequeños, brilla más y mejor su propia grandeza.

EN EL MISMO DEPÓSITO Y SUCURSALES

SE HALLAN DE VENTA LOS LIBROS SIGUIENTES:

	Ptas.	Cs.
Año Bíblico, ó una palabra santa para cada dia del mes, por J. Lobstein. En 8.º francés, 400 páginas. En pasta.....	3	»
En rústica.....	3	50
Breves meditaciones para cada dia del mes, sobre algunas palabras de Jesus. En 8.º, 128 páginas. En tela.....	1	»
En rústica.....	»	50
Discusiones entre un protestante y los católico-romanos, ó Noches con los romanistas. En 8.º prolongado, pasta, 356 páginas.....	1	50
Véndense tambien por separados los capítulos, cada uno.....	»	10
Innovaciones del romanismo, en tres partes: 1.ª Desarrollo de las doctrinas. 2.ª Lista cronológica. 3.ª Contraste entre el antiguo y el nuevo Credo. En 8.º prolongado, pasta, 340 páginas.	2	»
Tambien se venden por separado los capítulos, cada uno.....	»	10
El Evangelio y el Catolicismo romano. Con textos del Antiguo y Nuevo Testamento, segun la traduccion del Ilmo. P. Scio de S. Miguel. Libro útil para todos los que buscan la verdad salvadora. En 8.º prolongado, rústica, 94 págs.	»	50
El Cristo, por Ernesto Naville. Siete notable discursos sobre la cuestion de la «divinidad de Cristo,» y por consiguiente de la divinidad del Cristianismo. En 8.º, 224 páginas.....	2	»
Véndense los discursos sueltos, cada uno á.	»	25
Tratado de Dios, por Santo Tomás de Aquino. En 8.º prolongado, 210 páginas.....	1	50